UNIV. OF ARIZONA
868.59 R934 mn
Ruiz Contreras, Luí/Memorias de un desme
3 9001 03945 4494

MEMORIAS

DE UN

DESMEMORIADO

I. Fragmentos.—II. Tres moradas (Menéndez Pelayo - Galdós - Pereda) III. Divagaciones.—IV. Consejos vanos.—V. Reminiscencias familiares

MADRID

MEMORIAS
DE UN
DESMEMORIADO

LIBRERIA
de MAXIMINO GARCIA
Uruguay 479 - Montevideo

OBRAS DE ANATOLE FRANCE

TRADUCCION DE LUIS RUIZ CONTRERAS

LOS DIOSES TIENEN SED

LA AZUCENA ROJA

LA ISLA DE LOS PINGÜINOS

EL LIBRO DE MI AMIGO

BALTASAR

EL OLMO DEL PASEO

EL MANIQUI DE MIMBRE

EL ANILLO DE AMATISTA

EL SEÑOR BERGERET EN PARIS

EL FIGON DE LA REINA PATOJA

OPINIONES DE JERONIMO COIGNARD

EL CRIMEN DE UN ACADEMICO

EL POZO DE SANTA CLARA

YOCASTA Y EL GATO FLACO

LA CAMISA

HISTORIA COMICA

CRAINQUEBIBLE

SOBRE LA PIEDRA INMACULADA

LA REBELION DE LOS ANGELES

LUIS RUIZ CONTRERAS

MEMORIAS

DE UN

DESMEMORIADO

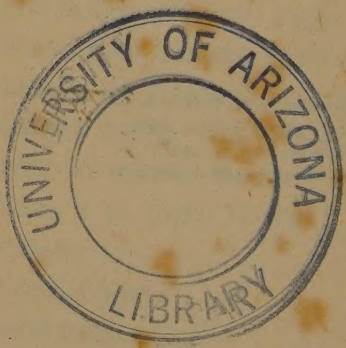
I. Fragmentos.—II. Tres moradas (Menéndez Pelayo - Galdós - Pereda). III. Divagaciones.—IV. Consejos vanos.—V. Reminiscencias familiares

MADRID

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES

FERRAZ, 25

Es propiedad. Quedan cumplidas las prescripciones legales.



Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupd.ª.—Tel. 1.977.

R934

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo	7
I.—(1894.)—FRAGMENTOS.	
Presentación del autor	17
La pirámide social	21
La pícara curiosidad	26
Literatura del porvenir	29
Menudencias	34
Ansias de glorificación	37
Lo que piensa el país	39
Ministros flamantes	41
Poetas menores	44
Acerca de la crítica	48
El Teatro Español	51
Matar el hambre	53
II.—(1897.)	
Tres moradas	55
Don M. Menéndez y Pelayo	59
Don B. Pérez Galdós	65
Don José M. de Pereda	73
III.—(1899.)—DIVAGACIONES.	
Paseo matinal	83
Maestro y discípulo	87
Literato novel	91
¿Se puede opinar? (Con motivo del banquete a Pío Baroja)	95

Págs.

IV.—(1905.)

Consejos vanos 107
Dentro de diez años 111
A Ramón Gómez de la Serna. (Recordando a Pío Baroja) 114

V.—(1910.)

Las pipas del tío Quim 123
Hermenegildo incorregible 133

PRÓLOGO

No una modestia fingida, sino una firme humildad y el convencimiento de que se imprime demasiado, me indujeron a no poner en circulación obras nuevas y a no insistir en las ya publicadas. Fuera ocioso buscarle motivos más prosaicos a mi retraimiento, porque las ediciones de mis obras —buenas o malas—tenían la venta segura.

Hoy reúno en este volumen las páginas dispersas que publiqué ha tiempo rotulándolas MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO.

En Febrero de 1894 di a luz un periodiquito que se llamaba *La Linterna*, cuyo programa era el siguiente:

Será el periódico más pequeño y más caro que en Madrid se imprima. No se ilustrará con grabados, ni tendrá una colaboración de célebres autores, ni promete regalos al público, ni mejoras, ni extraordinarios de ninguna especie. Su editor se propone hacer lo menos posible, y aspira interesadamente a que nadie compre *La Linterna* sin tropezar en dificultades, porque su negocio estriba en esto (cosa que no extrañará poco ni mucho a la

gente lista): ¡no vender ni un solo ejemplar!, ¡no reunir suscripciones!..

Gedeón presentóse luego con un programa por el estilo; era «el periódico de menos circulación de España».

Pues bien; en *La Linterna*, desde el primer día y en su primera plana se ofrecieron al público por vez primera mis MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO.

Al año siguiente ocupaban, en un libro que rotulé *De guante blanco*, las páginas 83 a 122.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO era el título general de una serie de folletos, el primero de los cuales, *Tres moradas*, apareció en Febrero de 1897.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO se repitieron en Marzo de 1899 en un semanario popular que incluía *L'Instantané*, suplement illustré de la *Revue Hebdomadaire* (así, en la propia lengua de Víctor Hugo).

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO se han visto impresas en *Heraldo de Madrid* (Febrero de 1905).

¡Y siempre con mi firma!

¿Tendrán o no que ver conmigo las MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO? ¿Se sabe de algún autor que adoptara ese título antes de 1894?

En fecha 10 Agosto de 1910 escribí a D. Mariano de Cávia:

«Por segunda vez hallo anunciadas en su artículo de hoy las MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO; por

segunda vez le recuerdo con humildad que yo las tengo escritas, y publicados en periódicos, en un libro y en dos folletos varios fragmentos de ellas... Yo empecé a escribir mis MEMORIAS DE UN DESMORIADO cuando realmente perdí la memoria y me cercioré de que la dicha mayor de los españoles consiste en no tenerla; pero usted, cuya cultura es infinita, usted que lo sabe y lo recuerda todo, ¿por qué se obstina en olvidarse de mi súplica? El título, que tan amoldado viene a mis memorias vagas y sentimentales, no convendrá seguramente a las de usted, rebosantes de conocimientos, observaciones atinadas y erudición espléndida. Le ruego una vez más que respete—o que me conceda por lo que a usted corresponde—la minúscula propiedad que reclamo, no sé si con algún derecho, pero con la certeza de que usted, tan rico en todo lo que a las letras puede referirse, perdonará la insistencia en reclamarla, sólo comparable a la insistencia en diferirla.»

Y mi carta obtuvo al día siguiente la contestación que transcribo:

«Como *desmemoriado* verdadero y efectivo no me gana usted, ni tampoco el profesor Humbugman. Si me advirtió antes lo que me advierte ahora, conste que yo lo tenía totalmente olvidado. Y conste también que se le hará a usted la debida justicia en

la primera ocasión. Créame siempre su buen amigo y afectísimo compañero. (Firma) *M. de Cávia.*»

El recio y castizo escritor López Pinillos (Parmeno) lanzóse también posteriormente a escribir sus MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO, que dejó pronto interrumpidas.

Y, por último, don Benito Pérez Galdós codicia para sí el dichoso título, y encabeza con él sus «recuerdos» minuciosos de viajes, nombres y fechas que publica en *La Esfera* desde el día 4 de Marzo de 1916.

Al tener yo noticia de semejante publicación escribí al admirable maestro la siguiente carta:

«Veinte años hace, casi justos, pues fué también a primeros de Septiembre, hallábase usted en la Magdalena, y le advertí por escrito que le hacían víctima de un despojo. ¿Lo recuerda usted? Mi advertencia—corroborada en la visita que a su regreso hicimos a varias librerías de lance—fué la prueba de convicción, punto inicial de su rompimiento con el editor de sus obras y amigo de toda su vida madrileña.

»Esta vez—con un intervalo de veinte años—también escribo advirtiéndole a usted un despojo, mi núsculo por ventura, insignificante por ser yo el despojado y no usted.

»Al regresar de un viaje a la sierra, leo el ar-

tículo de López Barbadillo inserto en *El Imparcial* (19 Agosto), y la referencia que hace usted a las MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO.

. . . . . .

. . . . . .

»Ha tiempo que uso para mis «memorias» ese título, que, además de ser invención mía—creo yo—responde a mi carácter y lo sintetiza. El «desmemo-»riado» que yo presenté, recordaba sólo «emocio-»nes y sensaciones», algo de lo que me ocurre a mí.

»Al rogarle que prescinda—si lo considera justo—de usar ese rótulo, no solamente le doy motivo para ratificar la buena amistad con que siempre me honró, sino que sirvo a sus intereses advirtiéndole que las MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO firmadas por Galdós parecerían en su anuncio una obra novelesca, y las MEMORIAS DE GALDÓS no pueden ser más que un relato interesante de su vida.

»Los humildes necesitamos aderezar la presentación de nuestras memorias con títulos oportunos para que alguien las lea; pero esos libros, cuando pertenecen a hombres eminentes, llámanse a secas las Memorias de Goethe o las Confesiones de Rousseau.»

No se hizo esperar la respuesta. Y el maestro decía:

«Cuando hace dos años (¿?) empecé a publicar en *La Esfera* mis artículos MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO, no tenía la menor idea de que usted había publicado un trabajo con este mismo título. Considere usted, amigo mío, que no tiene nada de particular que dos escritores coincidan en denominar sus trabajos con una fórmula de las más corrientes. Usted puede ser desmemoriado y yo también.

»Actualmente llevo ya publicados con el consabido título doce artículos. Puedo, sí, en el curso de los artículos restantes, hacer una aclaración sobre este particular, o más bien referir lo ocurrido en el prólogo que pienso poner a estas Memorias cuando las publique en un volumen, que no tardaré mucho tiempo.»

Insistí con razones atendibles. En mi segunda carta, dije al maestro:

«Yo trato intensa y cariñosamente de usted en un librito que se titula MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO. El capítulo que a su vida íntima se refiere fué traducido en Italia por un crítico y en Francia por un poeta. Ese rótulo compuesto por mí no es *una fórmula de las más corrientes*, como usted afirma; por el contrario, responde a una idea mía bastante meditada. Pruébalo el que tres autores de fama lo quisieron prohijar después de mí, pero antes de lanzarlo yo, ninguno.

«No todos los autores famosos que nos legaron intimidades y recuerdos de su vida fueron tan sobrios como Goethe y Rousseau; pero cuando Chateaubriand llama a las suyas *Memorias de ultratumba*, y cuando Mesonero Romanos publica sus *Memorias de un setentón*, disponen de su propia inventiva sin despojar a nadie.

»Si usted no se aviene a distinguir de otro modo sus recuerdos, habrá dos MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO, y nada tendría de particular que los curiosos lectores buscaran en las mias algunos capítulos que faltan en las de usted.»

La «réplica» del maestro ya no vino en carta; encabeza el capítulo XIII, publicado en *La Esfera* del 14 de Octubre. Si no le parecía oportuno hablar de su editor, ¿por qué habla después de mi advertencia?... Y ¡cómo habla!

Desde luego, anuncio aquí la próxima publicación de un fragmento de mis MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO, con los capítulos que faltan en las Memorias de Galdós.

Y no se achaque mi propósito a ira ni a despecho. Desde muchos años atrás mis amigos me impulsan a publicar esas Memorias. Pueden atestiguarlo, entre otros, Ramón Gómez de la Serna, Pérez Lugín y Julio Casares.

Hace algunos meses, no recuerdo cuántos, porque para recordar fechas precisa tener bastante memoria, encontré al ilustre doctor Tolosa Latour junto a la librería de Fé.

—Me alegro de verle, porque pensaba escribirle—me dijo.— La lectura de un libro de Alfonso Daudet, *Trente ans de Paris*, me hizo desear que tuviésemos algo análogo donde se resucitase la última época literaria. Reflexionando quién podría escribirlo, deduje que usted era el más indicado, no sólo por su significación especial entre los hombres que se llaman «la generación del 98», sino por su manera de ver y de sentir.

. . . . . .

Si en aquella fecha no habían empezado a publicarse aún las Memorias de Galdós, era muy expresivo el deseo de Tolosa Latour, entrañable amigo del maestro; y si ya se publicaban, era más expresivo aun.

Agradeciéndole su recuerdo, anuncié al doctor que mis propósitos habíanse anticipado a su afectuosa invitación; que tenía en el telar mis Memorias, y que me sería grato enviarle algunos fragmentos donde se precisa la manera en que me propongo escribirlas.

Ahí están, en los capítulos donde hablo de Pío

Baroja y en las «reminiscencias familiares» tituladas *Las pipas del tío Quim* y *Hermenegildo, incorregible.*

LUIS RUIZ CONTRERAS

14 Noviembre, 916

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

I.—(1894)

FRAGMENTOS

Soy un pobrecito inocente, subscriptor a varios periódicos, ilustrados y sin ilustrar, unos de la mañana, otros de la tarde y otros que sólo se publican dos o cuatro veces al mes.

Pero no crean ustedes que gasto mis dineros en diarios y revistas, por imaginaciones filantrópicas ; no. El papel impreso me atrae, la noticia fresca me seduce, y busco siempre con afán la última nota, que brilla entre las columnas apiñadas como el pescado recién cogido en la red.

Leyendo mucho, leyendo precipitado, conseguí substraerme a mis necesidades, ocupándome de todo lo que debiera serme indiferente, y acabé perdiendo la memoria. Tantas cosas llegué a saber y tan diversas, que se me trabucó el juicio y no recuerdo ya ninguna.

Mi triste dolencia, lejos de calmar mi afición, exacerbóla ; y hoy me gusta más que ayer lo que ha sido causa de mi daño, y gozo más y más rodeándome de papeles colosales, que inmedecidos todavía llegan a contarme la que sucede por ahí, aunque lo cuenten de varios y opuestos modos.

Al fin y al cabo, no tengo motivo para entregarme a la desesperación. El público vive tan desmemoriado como yo, y la prensa ilustre, o no tiene memoria, o cuenta con que a los demás les falta.

¿Por qué apurarme, por qué rendirme, cuando tantos, en mis condiciones, viven satisfechos y sin aprensión?

Hay por esos mundos, en la política, en las letras, en el ejército y en todas las regiones altas y bajas, muchos hombres careciendo en absoluto de caletre, que lo arreglan todo y redimen a la humanidad cuatro veces al día.

Mi aspiración es mucho más inocente y acaso parezca risible. Hallo al enunciarla un concepto algo contradictorio qué me desconcierta.

¡*Memorias de un desmemoriado*! Esto parece una broma.

Y, sin embargo, dudo que pueda escribirse libro más formalmente serio.

Soy un inocente desmemoriado, ansioso de averiguar a cada instante, sin retentiva que mantenga firmes las impresiones, pero con insaciable deseo de multiplicarlas.

Cuando recorro el mundo, siempre al azar, con el cerebro dormido y el paso incierto, si algo me impresiona, me paro, medito; mil reflexiones bullen atropelladamente dentro de mí; luego pasan y se borran. Sigo andando y nada sé.

La luz dibuja los contornos reflejados en la placa sensible de una cámara obscura. La misma luz, persistiendo los borra poco a poco. Así aparecen y se apagan mis ideas.

Pero el fotógrafo aprovecha el momento más oportuno para fijar la imagen, y la retiene y reproduce. Yo puedo imitarle y retener mis ideas

fijándolas en el papel y reproduciéndolas en el periódico.

Así escribe sus memorias un desmemoriado.

Con la impresión de cada momento, sin acordarse de lo que dijo ayer, sin pensar en lo que dirá mañana, reproduce a vuela pluma la imagen que forma su cerebro, su cámara obscuura, tan obscura que nada le dice si un rayo de luz exterior no hiere su fondo.

¿Tendrán valor alguno semejantes apreciaciones?

Creo que sí; desligadas en absoluto de todo, serán la imágen viva y sincera, sin retóricos disfraces ni filosóficas aprensiones, de cuanto nos rodea y provoca, de cuanto nos preocupa y seduce.

A mí llegan los papeles humedecidos, como si el cansancio de su veloz carrera los hiciera sudar. ¡Me sumerjo en las hojas impresas, perfumadas por la tinta! Luego voy al mundo, reparo en sus azares y en sus quimeras, en sus lágrimas que dan risa, en su risa que provoca lágrimas, y todo me ofrece motivos de meditación.

La miseria social sofocando a la miseria humana me hace temblar. Entonces no lloro ni río. Levanto los ojos buscando en el espacio azul un remedio, una esperanza.

Las estrellas brillan indiferentes a todo; no pueden percibir nuestras emociones en tan apartadas lejanías. El mal no tiene remedio. Siento al mundo abandonado en el espacio infinito. ¡Qué triste soledad! ¡Qué apartado y espantoso destierro! Dios no escucha mis quejas, no puede oirme. Su trono es tan alto que su vista no llega jamás aquí...

Vuelvo a mi casa y encuentro sobre la mesa un montón de periódicos, revueltos y confundidos, que al salir dejé. ¡Cuánta frivolidad, cuánta mentira encierran! Pero amanece ya el día, y con la nueva luz llegan las nuevas hojas de papel impreso. ¡Tantas palabras, tantas frases, tantas afirmaciones, tantos engaños!, para vivir doce horas nada más... ¿Quién se acuerda por la mañana de lo que le interesó en la noche antes?

La noticia fresca seduce, la última nota brilla entre las columnas apiñadas, como el pescado recién cogido en la red.

Y si el mundo no escarmienta y el recuerdo tan fácilmente se destruye, ¿para qué hace falta la memoria?

Hubo un tiempo en que todos los españoles nos creímos capaces de llegar a las cumbres del poder.

Entonces todos hacíamos política; es decir, nos preparábamos la escala.

Hervía en los cerebros y en los corazones la sangre, y corrió algunas veces por la tierra. Los ideales hiciéronse patentes en la tribuna y en las barricadas. Hubo lucha, confusión y ceguera, vencidos y vencedores.

Al fin averiguamos que unos caballeros nos habían salvado y se aprestaban a redimirnos. Les dimos las gracias y procuramos ayudarles lo posible a cuenta de justa retribución.

El *país* recobraba sus libertades, el *país* usaba de sus derechos, el *país* disponía de su fortuna, el *país* era poderoso, grande, magnánimo, señor y dueño de todo.

El *país* éramos nosotros. ¡Oh, ventura!

Pero... ellos representaban al *país*.

Y el pueblo se hizo Sancho, y la Democracia le dió una ínsula.

¿Hay cosa tan bella como ser ciudadano libre?

¿Hace falta una representación suprema del poder...? El ciudadano la elige, diciendo: Este rey quiero, este no quiero.

Y vive a su gusto.

El sufragio universal ha invertido el orden rutinario de las cosas.

Toda sociedad puede representarse por una pirámide. La sociedad más igualitaria se ve obli-

gada siempre a reconocer, entre los individuos que la forman, diversas aptitudes; y a medida que se van elevando éstas, aparece más limitada su agrupación individual. De modo que la figura *gráfica* de una sociedad, invariablemente acaba en punta.

Veamos ahora cómo se formaba una sociedad con los viejos principios y cómo se forma con las nuevas leyes.

El Soberano, el señor de vidas y haciendas era el vértice donde se encontraba y desde donde se desenvolvía todo el poder. Representémosle con una ese grande. Soberano S.

Pero, como a pesar de serlo todo, no podía estar en todo, nombraba caprichosamente a sus *favoritos* para que le secundasen. Supongamos que sólo se apoya el Soberano en dos *favoritos* (un macho y una hembra), representados por dos efes mayúsculas. Favoritos, FF.

Los *favoritos* no podían tampoco abarcar la pesada carga del poder, y era forzoso que habilitaran para el mando a personas de su confianza, que represento por tres emes grandes: MMM.

No crean ustedes que acababa en esto, ni que yo me halle resignado a relatar punto por punto la formación progresiva de los poderes inferiores. Como el Soberano inventó al Favorito y el Favorito al Magnate, lógica y precisamente creó el Magnate un *cargo* inferior para soltar la *carga* del poder; y así fueron siguiendo y se formaron cien escalones, hasta llegar al ilustre *lacayo*, que ya era *plebe*, y que dominaba directamente a la plebe que no era lacayo.

Así, el orden social se representaba, como dije, piramidalmente, siendo el Soberano cús-

pide la plebe cimiento, y cada uno de los demás estados un escalón, como indica la figura.

S
F F
M M M
. . . . . .
. . . . . .
X X X X X
L L L L L L L L
P P P P P P P P P

Y no es preciso insistir mucho para demostrar que todos, excepción hecha del Señor absoluto, sufrían el peso de los de arriba y pesaban a su vez sobre los de abajo. Todos, menos el pueblo sufrido, la *plebe* candorosa, que agarrándose a la tierra dura resistía sobre sus hombros la carga entera.

Pero el mundo ha cambiado, la democracia dióle una vuelta y los nuevos ideales realzan al humilde.

Ahora una sociedad se forma de distinto modo.

El pueblo soberano (P S) hace leyes a su gusto. Nadie se le impone, y él mismo se gobierna.

La plebe candorosa no es ya esclava del ilustre lacayo; es libre y fuerte. Dispone de todas las energías del *país*, de todos los aciertos de la *opinión*, pues el país es ella misma y la opinión un eco de sus aspiraciones.

El plebeyo se convirtió en ciudadano; pero el ciudadano, muy ocupado con los asuntos de su casa, confiere su poder a un compañero más entremetido, y crea una especie: la de *cacique* (C).

El cacique no es un mandarín, es un *mártir* : es el primero que, sumiso a la fórmula democrática, se *sacrifica* por el *país* cuando se lo exige la *opinión*.

Lo demás ya lo sabe cualquiera. De los caciques elegidos por el pueblo depende la formación de las Cámaras ; de las Cámaras, la formación del Ministerio, y del Ministerio, la solidaridad o inconsistencia de la Monarquía o de la República, representada por un rey (R) con cetro de caña o un presidente con bastón de estoque.

Así, pues, el nuevo y amable organismo social también se forma piramidalmente ; pero aquí la fuerza emana de la base constituída por el pueblo soberano y fuerte (PS), y termina en la cúspide formada por el último elegido, como indica la figura.

R
M M
X X X
: : : : : : : : : :
D D D D D D
C C C C C C C C C
P S P S P S P S P S P

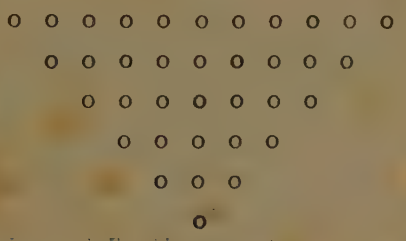
.....
.....
.....

El procedimiento es contrario ; pero comparando las dos representaciones gráficas, me ocurre una idea triste.

Constrúyase como se quiera el cuerpo social,

siempre los de abajo sufrirán el peso de los de arriba, siempre habrá *opresores* y *oprimidos*, y siempre la mayor esclavitud gravitará sobre el mayor número.

Para que otra cosa ocurriera, sería preciso que la pirámide invertida se apoyara sobre su vértice.



Pero semejante posición determina un equilibrio *inestable* que sólo puede sostenerse un momento...

Cuando se echa todo a rodar.

He vivido cuatro días libre de todo roce con la Prensa, y sacrifiqué mi curiosidad ilimitada, proponiéndome pasar algunas horas en el pequeño mundo que me solicita, reduciendo lo más posible mi aspiración policíaca, limitando mis *informaciones* a las que buenamente se ofrecieran, sin estímulo ni acicate que me tuviesen ansioso de sorprender en conversaciones y cotorreos lo que me había espontánea y voluntariamente vedado en mis lecturas.

Y en esos cuatro días he gozado calma y bienestar. La Naturaleza sonreía, y anticipándose la primavera me regalaba su apacible temperatura; el campo no está verde ni el jardín florido; pero el placer y la dicha resplandecen, ofrecidos por un cielo sin crespones y una tierra templada; un cielo que irradia purísimos y dulces rayos de sol y una tierra que promete para corto plazo el fruto de sus vitales energías.

No sostuve con mis amigos largas conversaciones, que acaso me iniciaran pronto en dolores ocultos; pero ningún semblante revelaba señales de angustia ni vi ojos contraídos por melancólica tristeza. Quizá todo era disfraz y disimulo; es muy posible que debajo de la satisfacción fingida palpitaran preocupaciones verdaderas. Yo no pude ni quise adivinarlas, y sonriendo a los que sonreían, al cielo, a la tierra y a los hombres, pasé de largo, como un caminante

distraído que viaja sin afán, y no siendo geólogo, ni botánico, ni estadista, ni arquitecto, ni pintor, ni poeta, inquiere sin profundizar nada, volviendo a todas partes los ojos, y supone que la vida se acumula toda en su corazón, porque desconoce cómo vive cuanto le rodea.

Recorrí los paseos y las calles y no presencié ningún espectáculo triste, asqueroso ni sangriento; pasé junto al palacio del Congreso: los leones dormían y el silencio reinaba; pasé frente al ministerio de Hacienda, y no pude imaginar que allí se fraguase nuestra ruina; el ministerio de la Guerra me pareció sitio muy apacible para tomar el sol en invierno y en verano el aire, y creí, al ver el Banco de España, que sus bondadosos accionistas habían levantado aquel grandioso edificio para hermosear la ciudad a sus expensas. Ciertamente, luce mucho aquella mole de piedra labrada, que imprime allí un sello de grandeza y con su reloj avisa de balde las horas.

Llegué al Retiro y acerquéme al estanque. Las gentes miraban, como yo, el agua tranquila. Ni un desesperado se abalanzó sobre los hierros para darnos un disgusto. Antes, pasando por la calle de Segovia, debajo del Viaducto, había levantado la cabeza sin ver tampoco ningún suicida en el aire.

Seguí paseando tranquilamente sin oír detonación alguna que revelara un atentado anarquista; en la Puerta del Sol, ningún ratero se apoderó en mi presencia de joyas codiciadas; en la calle del Arenal, ningún caballo de los coches que pasaban se desbocó; en la calle de la Princesa ningún tranvía de los muchos que suben y

bajan atropelló a los transeuntes ; en la cárcel no se fugaban los presos.

Bebí en el tenducho que hallé más cerca, y el agua de Lozoya no me hizo estallar. Anocheció, y vine a mi casa tranquilo y sin tropiezo, a pesar de que los faroles alumbraban poco.

«Los tiempos no son malos ; da gozo vivir», pensé ; y estuve soñando toda la noche con las huríes de Mahoma.

Sin duda estos ensueños exaltaron ideas casi desvanecidas en mi memoria ; picóme la curiosidad y quise conocer los asuntos de la Embajada.

Recurrí a los periódicos, y nada me dijeron preciso ni terminante ; divagaciones muchas ; comentarios inútiles y desmedidos, y esta confesión ingenua cerrando un artículo de fondo :

«Vendrá el general, y *sólo entonces* sabremos lo que allí ha pasado.»

Ni las informaciones telegráficas ni las cartas kilométricas de los corresponsales me libraron del apuro sacándome de dudas ; y una vez metido en harina, ya que no pude hallar noticias de lo que me importaba, enteréme de mil cosas que me pusieron los pelos de punta.

Crímenes, atropellos, robos, miserias, abusos, crisis, la honra en peligro, la ruina en puertas, la inquietud a cada momento, la destrucción en todas partes.

Durante aquellas horas felices que me ofrecieron la imagen risueña de cuanto me rodeaba, el mundo, que yo juzgué pacífico y satisfecho, había estado a punto de reventar como una bomba ; ¡ todo lo existente peligraba ; todo era motivo de hondas preocupaciones !

Cada tiempo tiene su signo, su obra especial en las varias manifestaciones del pensamiento humano, y la literatura es víctima de las corrientes modernas, viéndose obligada por su triste suerte a servir las conveniencias de agiotistas, embaucadores y litigantes.

La literatura brillaba en las regiones puras de la epopeya cuando se abrasaron los hombres en bélico ardor, soñando grandes batallas y caballerescas aventuras, anteponiendo siempre ideas poderosas a necesidades mezquinas.

El apogeo de la comedia señala un estado decadente del espíritu; el hombre se impresiona por las pequeñas luchas de la vida social, descuida sus dioses y se preocupa más de sí.

La novela triunfa cuando la fuerza decae por completo. Empequeñécense las preocupaciones del hombre, haciéndose más íntimas y más conceptuosas. Limítanse a las vicisitudes insignificantes de una corta familia y con frecuencia también a las torturas de un cerebro.

¡Aun hay más! La novela representa un mundo muy disgregado ya, pero donde todavía se observan síntomas de relación entre los varios elementos en lucha, afectos desinteresados y comunes, algo que representa caridad o abnegación, sacrificios voluntarios y mutuas condescendencias.

¡Aun hay más! El individuo adquiere una importancia de todo punto absoluta; las *comodidades* ocupan el preferente lugar de las pasio-

nes, y el egoísmo endiosado es el héroe que se venera.

La epopeya cansa, el teatro aburre, la novela fastidia; no hablemos ya de odas, cantares y cuentos, que son epopeyas, dramas y novelas microscópicos. Esas literaturas de sociedades viejas no sirven para la modernísima sociedad. Necesitamos *otra cosa*, y la tenemos ya dispuesta.

La literatura del porvenir se cifra en... ¡la MEMORIA o en el BALANCE!

Ella responde a nuestras comodidades, a nuestros egoísmos, a nuestras cábalas; ella nos instruye, nos deleita, nos conmueve, y en su estilo duro y laberíntico, amasando una literatura indigesta con una matemática sin principio ni fin, nos indica las encrucijadas y caminos tortuosos que pueden servirnos cuando necesitemos aplicar en provecho propio argumentos de convicción *apasionados y legales*.

Apartad, ilusiones engañosas; huid para siempre, sueños de incalificables locuras. Ni las alegrías de D. Juan pueden alegrarme, ni las tristezas de Werther entristecerme; ni las vacilaciones de Segismundo me hacen vacilar, ni las dudas de Hamlet logran que yo dude.

¿Cómo voy a dudar, si nada creo?

Esquilo, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Byron, Hugo, Zorrilla, Campoamor; y tú también, dulcísimo Pereda, y tú también, soberbio Echegaray, turba de gigantes, que pensabais hundir al mundo con el peso de vuestras obras.

¡Cuán miserables y mezquinos me parecéis!

Vuestros libros quedan arrinconados en un estante para siempre; nada me digáis; tengo prisa, estoy muy ocupado, voy a recrearme le-

yendo la *Memoria de los Ferrocarriles del Norte* y el *Balance del Banco de España*.

¿Qué sería de nosotros cuando se presentaran las Empresas de ferrocarriles en quiebra y estallara el Banco?

Hay quien se horroriza de pensar estas cosas; a mí, por el contrario, me recrean tales pensamientos.

La primera *conmoción* sería terrible. ¡Como que los ferrocarriles y el Banco son riquezas que adquirimos con dinero propio y que disfrutamos a medias con una porción de caballeros industriosos y hábiles!

El Banco ha servido para recoger y *guardar* todo el oro que había en España; el ferrocarril para llevarlo a la frontera y extenderlo por todo el mundo.

Los ferrocarriles y el Banco representan la riqueza... perdida, las peluconas que se fueron para no volver, los bolsillos vacíos que ya nunca se verán repletos.

¿Y nada más? ¡Oh! Sí; también representan las comodidades modernas.

Una cuenta corriente y un viaje de placer, ¿no lo valen todo?

Si no hubiera más dinero en circulación que las monedas que acuña el Estado; si no se pudiese viajar en ferrocarril... ¡qué desgracia tan grande!

Sería curioso anotar las respuestas de todos los españoles a la siguiente pregunta:

¿Qué beneficio reportan al *ciudadano libre* los ferrocarriles y el Banco de España?

¡Oh! ¡el adelanto! ¡el adelanto! Yo, me confieso, no sé todavía en qué consiste, y creo que

lo ignoran conmigo casi todos mis contemporáneos.

Porque si me dicen ustedes que son adelantos el ascensor y el tranvía, por ejemplo, estoy decidido a demostrar que viven ustedes en lamentables equivocaciones.

Las industrias *adelantan* a costa de todo lo humano y de todo lo divino. El comercio *progresa* en iguales condiciones.

¡A cualquier cosa llaman las gentes progresar!

La hija de mi cocinera usa zapatos de charol y sombrero con plumas; el mancebito de la tienda de comestibles lleva gabán de pieles.

La gente desocupada toma el tren y huye del aburrimiento, que no abandona, porque lo lleva en el alma; los holgazanes depositan su dinero en el Banco; los inútiles juegan a la Bolsa; los agiotistas nómbranse directores de una Sociedad anónima de crédito; los abogados mueven el mundo a su antojo.

La luz eléctrica nos alumbra y el vapor nos arrastra. Cada energía que se nos ofrece destruye nuestra energía, y los *adelantos*, como las *modas*, responden a los defectos de algunos contra la conveniencia de todos.

Adelantando con tanta rapidez ha de llegar un día en que sea el hombre un miserable inválido movido por múltiples máquinas.

Nos libramos de una esclavitud y nos dejamos arrastrar a otras.

Cuando era esclavo el hombre, contaba con sus piernas para trasladarse, con su estómago para la digestión, con sus ojos para ver de día y con un candil, que llenaba de aceite a cualquier hora para ver de noche...

Renace la esclavitud a la sombra de mentida libertad ; el hombre descuida su independencia íntima, entregándose a livianas comodidades, y acaso no está lejos el día en que necesite un ciudadano libre :

Para moverse, consentimiento del director general de las Compañías de locomoción reunidas ;
para digerir, permiso del presidente de la Sociedad arrendataria (y con privilegio absoluto y exclusivo) de mostazas, pimientas, sal y demás condimentos ;
para ver de noche, cédula extendida por el ingeniero de la luz eléctrica ;
para ver de día, licencia del gerente del Acumulador cenital, establecimiento luminoso que por varias concesiones humanas y divinas acapare todos los rayos del sol ;
y así sucesivamente.

Cuando quiebre una Compañía de las indicadas, ¡ menudo trastorno !

Y si quebraran todas a la vez, ¡ el fin del mundo !

El público abandona los teatros donde se representan dramas, desdeña los libros que tratan de cosas tristes y rechaza la conversación seria ; el público anhela placeres y alegrías, chistes donosos y palabras picantes ; quiere divertirse, y hace bien, porque bastantes penas llevamos todos en el alma.

Los diarios han venido a ser la única lectura de las gentes más triviales y del público en general.

—¡ Ah ! Los diarios deben ofrecerse a las inteligencias variados, amenos y divertidos—pensaría cualquiera lógicamente.

Vean de lo que trata un diario de los más importantes en sus dos primeras hojas :

EL BALANCE DEL BANCO.
CAUSA POR INCENDIO.
EL TESTAMENTO FALSO.
LA MONJA ARREPENTIDA.
LOS ANARQUISTAS.
EL CRIMEN DE AYER.
EL CRIMEN DE ERANDIO.
UN PADRE CRUEL.
UN MALVADO.

Nueve artículos acerca de cosas desapacibles y desagradables.

Luego la sección telegráfica luce los siguientes rótulos :

Los funerales de la señora ***
Choque de una fragata.
¡ *Sepultado* !

Entierro del señor ***
Suicidio.
*El cólera en B****
Etcétera, etc., etc.

¡Y esa es la lectura cotidiana de las gentes que olvidan sus preocupaciones y sus propias tristezas por no *afectarse*!

Noticia de sensación :

El balance del Banco de España acusa en su activo un aumento de CUATROCIENTAS VEINTIDÓS pesetas en ORO.

Noticia insignificante :

El Banco ha lanzado a la plaza una cantidad de *tres millones setecientas sesenta y tres mil pesetas* en papel, que hace ascender la circulación fiduciaria *solamente* a 931.381.275 pesetas.

No por viejo y conocido es menos oportuno el pensamiento de Gabarni, cuando dijo :

«Los negocios de unos *son* el dinero de los demás.»

Aun cuando la traducción española de la frase no precisa bien el sentido y deja dos interpretaciones posibles, ambas pueden ser aplicables, y no sólo no debilitan la obra del filósofo, sino que, por el contrario, la completan.

Pudiéramos decir :

«Los negocios de unos *están* en el dinero de los demás.»

«Los negocios de unos *hacen* el dinero de los demás.»

Y reuniendo positivas y negativas, ilustradas

con un pequeño apéndice, concluiríamos afirmando que :

«Los negocios y el dinero de los *tontos* conviértense para los... *avisados* en dinero y negocios.»

Ahora cada cual puede substituír las palabras *tontos* y *avisados* por las que más le convengan.

El Banco imprime dos clases de papel.

Uno llamado *acciones* para los de casa ; este papel vale triple de lo que costó. Y otro llamado *billetes*, para los de fuera de casa, que vale dos terceras partes de lo que cuesta.

El Banco tiene ya en su poder todo el dinero de los españoles.

Un español que ha producido, ha contratado, etcétera, etc. ; posee mil duros... en billetes de Banco ; pero si quiere VERLOS EN MONEDA necesita darle al Banco 1.000 pesetas por la operación. La cosa no puede ser más clara : el cambio se mantiene al 20 por 100.

¡Ni las calles pueden *vivir tranquilas* (¿?) con este Ayuntamiento! Ahora se trata de quitarle a la del A... su nombre para bautizarla con el de R... Ch..., difunto ex concejal.

Y como su calidad pública de librepensador no es bastante motivo para la *gloria* que se le ofrece, sus compañeros alegan la honradez intachable del difunto en los asuntos administrativos como una razón suuperabundante.

Parece ya cosa muy dura vivir en tierra donde se glorifica el nombre de un ciudadano POR NO HABER SIDO LADRÓN, y nadie resulta con esta *gloria* más perjudicado que los amigos y compañeros del *glorioso*.

Porque si se admiran de su virtud como concejal, el premio al muerto es una confesión poco halagüeña para los vivos; y si la virtud se le pondera como librepensador, poco favorecidos resultan los nuevos ideales; sin duda, para sincerarse, las mismas logias que *glorifican* al difunto pondrán el grito en el cielo. Digo, en el cielo, no, pero sí en cualquier parte donde se oiga.

Hoy se rotula con el nombre de Ch... la calle del A..., y mañana se bautizará con otro nombre cualquiera la calle de Ch...

Ahora se *glorifica* la memoria de un hombre honrado y estudioso, brindándole una vía pública; mañana tal vez se regale a un amigo cualquiera la misma distinción. Llegará un día en que los concejales, versados ya en estas va-

riaciones, al salir de un baile de máscaras con una mujer del brazo, le dirán tranquilamente :

—No te convido a cenar, pero daré tu nombre a una calle.

La inmortalidad se ridiculiza, poniéndose al alcance de todas las fortunas.

La obra de la democracia se completa.

La *igualdad* que favoreció a los villanos y a los descreídos protege también a los tontos. Para todos la misma ley, para todos el mismo dererecho. ¿Quién fija límites? ¿Quién pone tasa? ¿Quién mide glorias?

El monumento escultural y la inscripción memorable son patrimonio común, como el palacio y el templo.

Labrad vuestras efigies y escribid vuestros nombres : hacéos inmortales ; poco importa.

El tiempo se cuida siempre de anular vuestra torpe aspiración.

Como los cuerpos enterrados en tumbas alquiladas, al fin del plazo comprometido se confunden revueltos en la fosa común ; vuestras glorias, al terminar el corto imperio de vuestro poder, irán a confundirse olvidadas entre la basura de las generaciones muertas.

Labrad vuestras estatuas para obstruir nuestros jardines, y poned vuestros nombres en las esquinas de nuestras calles.

Quien os reemplace, os imitará.

Y vuestros nombres hacinados, vuestras lápidas rotas, vuestras efigies *profanadas*, rodando por el vertedero, se hundirán deshechas en el polvo, y es posible que vuelvan a las calles de la villa y afirmen la tierra que pisa el ciudadano humilde.

Todos los *instrumentos* colosales de la prensa (¿por qué han de llamarse constantemnte *órganos*?) y cada uno de los muchos diarios de *mayor circulación* tienen la buena costumbre de anticiparnos lo porvenir, emitiendo arriesgados razonamientos a cuenta de la *opinión pública*, la opinión del país, la opinión total, que, según ellos aseguran, habla por *su* boca en *sus* columnas, «puestas al servicio de los grandes sentimientos nacionales». Pero con la particularidad muy atendible de que, si alguna vez aciertan, o suponen haber acertado, aplauden acalorada y repetidamente su *propio* éxito, sin tener en cuenta ya que fueron la opinión, el país o *todos los españoles* tan profetas o más que la prensa anunciadora de la idea recogida en millares de labios con una rapidez asombrosa, Es de notar que la mayor ventura de un periodista consiste, ¡vean ustedes la simpleza!, en decir lo que sabe *todo el mundo*, pues no hace otra cosa quien se inspira en la *opinión general*; y lo que más arrastra la credulidad inocente del público es aquello que, según le dicen, piensa, y de lo cual no está ni por asomo enterado.

El individuo social no puede ser más insignificante, y goza empequeñeciéndose. Cualquier lector duda (y hace bien) de la opinión de un hombre que afirma y se apoya en tales o cuales argumentos; pero ¿quién se atreve a dudar de lo que dicen la *opinión*, el *país* o todos los es-

pañoles? ¿Quién, siendo *público*, tribuutario y español, se atreve a desmentir aquello que afirmó, según le cuentan, aunque la relación de *su* testimonio es la primera noticia que recibe de *sus* juicios, que aprende por primera vez en los diarios?

El problema no tiene vuelta de hoja, y el periodista resolvió con tres palabras lo que no conseguiría con veinte volúmenes llenos de acertadísimas demostraciones.

¿Quién merece más crédito? Entre lo que diga usted o lo que diga el otro, ¿qué le parece a usted más atendible? Lo que dice usted, sin género de duda.

Pues bien; los instrumeñtos colosales *crearon* la verdad, atribuyéndole al público las noticias que convino propinarle.

Y el público sintióse muy satisfecho.

Le han dicho que lo sabe y lo dice todo, y el inocente devora la prensa diaria para enterarse, ¡oh, sorpresa!, de todo lo que sabe y dice...

¡De todo lo que algunos pretenden que diga y sepa!

La crisis laboriosa produjo al fin un Ministerio nuevo. La gente dice que durará poco. Yo creo que tantos motivos hay para que dure como para que no dure.

La política española es tan inconsistente y vive tan mal cimentada, que resultan siempre arriesgadas las profecías. Como nada en ella tiene razón de ser, no hay deducción posible, y todos los comentarios que se funden lógicamente resultan inútiles.

Acaso el nuevo Ministerio nos imponga una regeneración; tal vez se desacredite más de lo que lo está; acaso...

¿Pero quién sabe?

Los ministros de ahora me parecen tan buenos como los de antes, y no serán peores que los que vengan a sucederles.

Abrigan deseos nobilísimos, quieren sacrificarse por la Patria, sacarnos el sol de la cabeza, y tal vez lo consigan; ¿por qué no?

Todos están dispuestos a *estudiar* las cuestiones de sus respectivos departamentos, aquilatando el programa de futuras reformas; a darles empleos dignos a sus parientes y servidores y a pasearse muy repantigados en sus *landeaux*, luciendo las doradas libreas de sus lacayos.

Algunos curiosos fueron, después de la ceremonia y juramento, a preguntarles qué pensaban hacer.

—Pero, señores—respondieron los noveles ministros—, aun ignoramos de qué se trata. Vi-

mos colmadas nuestras ambiciones; ahora comenzaremos a trabajar, conferenciando largamente con los empleados que saben lo que se pescan.

—¿Pero ustedes no tienen su plan de campaña, su composición de lugar, su...?

—¡Qué vamos a tener, criatura! ¿Nos hubieran ido a buscar para nombrarnos ministros cuando estuviéramos en un rincón de casa, o de biblioteca, estudiando lo que hay que saber? ¿No conocen ustedes que sin las carteras de nada sirven los conocimientos que pudiéramos adquirir? Eso hacen algunos tontos: estudiar seriamente las cuestiones que interesan a los ciudadanos y al Gobierno, y preparar la solución de los problemas políticos o sociales; pero esos que así viven, abstraídos en sus trabajos y en sus preocupaciones, jamás llegan al Ministerio; cuando mueren van a contarle a San Pedro sus averiguaciones.

«Los que nacimos para cazar esas prebendas no solemos pararnos en barras; hacemos política personal, nos ganamos la confianza, el cariño, la protección o el parentesco de cualquier hombre público.

»Raro es el personaje de talla que no tiene un *flaco* por donde atacarle.

»Si no es aficionado al tresillo, lo es a las carambolas; y si no le divierte la literatura, le gusta el salmón a la parrilla; nunca faltan hermanas o sobrinas casaderas; en fin, hay mil medios para el *abordaje*. Ya en el seno de la familia o en la *comunión* servil de propósitos, la cosa limítase a vivir prevenido para cogerse a la que salta.

»¡Una cartera en el aire! ¡Para mí, para mí!

»Abrímosla cuando ya la tenemos en la mano, y se averigua entonces lo que hay dentro.

»Por de pronto, una envidiable posición oficial.

»Una paguita muy bien *aliñada*.

»Un coche a la puerta.

»Un despacho espacioso, elegante y con habitaciones higiénicas.

»Sonrisas halagadoras.

»Promesas felices.

»Ofrecimientos deliciosos.

»Y algunos asuntos de carácter general que se desentrañan y estudian poco a poco y con ayuda de vecinos.

»Jamás faltan desgraciados que presentan proyectos, ilusos que preparan reformas, insensatos que inventan procedimientos económicos; agárranse un puñado cualquiera de tales lucubraciones, y con ese bagaje acude uno a las Cortes. Preséntanse proposiciones; uno dice que no y otro que sí; luchan todos como si cada cosa les interesara, y cuando llega el momento supremo de hacer el ridículo ante un público paciente, pero cansado ya de sufrir y esperar; cuando toda la farándula de nuestros infundios asombrosos puede ser descubierta, surge una *incompatibilidad*, una travesura cualquiera, y nos retiramos con honra, sin recibir la silba que merecemos, y capacitados para que se repita nuestra fortuna.»

La verdad, resulta inocente preguntarles *qué piensan hacer* a unos caballeros que suponen haber hecho todo lo que deseaban cuando pescan la cartera.

Los que fustigados por modernos deseos, débiles para resistirlos, impotentes para realizarlos, revuélvense a todas horas entre la desilusión y la envidia, tienen el vicio de asegurar que las antiguas sociedades fueron más poéticas que la sociedad contemporánea.

Benditos errores que a tantas gentes consuelan ; aquellos encantados castillos, aquellas purísimas princesas, aquellos gallardos caballeros han hecho a muchos felices ; y las chupas bordadas, los peluquines franceses y las medias de seda, los donares de la plebe y las altanerías de la aristocracia, todo tan correcto, comedido, gracioso y fascinador, no alcanzan menos fortuna que los delirios de la Edad Media entre imaginaciones pueriles.

Benditos errores, que han traído sobre nuestras costumbres el dictado inicuo de *prosaicas*— prosaicas y materiales hasta lo más profundo—, ayudados por la ciencia que sin cesar descubre *cosas* enormes y prueba que cada hombre y cada bestia son un aglomerado de gusanos, que no existe la vida futura, y, por consiguiente, no es razonable la sublime aspiración religiosa, que se confunden el sufrimiento y el goce, ¡ vea usted !, en una sacudida de los nervios ; que los colores no son más que un capricho de la luz descompuesta, los aromas un polvillo sutil..., etc., etc., y otras indefinidas zarandajas.

Así, pues, nos encontramos a un tiempo sin cotas de malla, sin espadones ni airosos ferre-

ruelos, y por contera también sin infierno y sin paraíso; ni alma nos queda, ni nada cuya material existencia no se pruebe. Hasta el amor, aquel arrebato sublime, resulta una mixtificación. Ya no hay Lauras ni Beatrices: ¿qué cantarán los poetas? El soplo del romanticismo no puede animar el fuego que se apaga; la poesía muere, muere de anemia, porque *la realidad* le ha sorbido el seso.

¡*La Realidad*! ¡*La Ciencia*! Vuestros nombres a cada hora reciben ultrajes de la locura y la ignorancia que piensan alabaros. ¡*La Poesía*! Dicen que muere. ¿Sabéis por qué lo dicen? Porque ya no se oculta; porque a cualquiera se ofrece. Si esperamos cada mañana que salga el sol, es porque le vemos cada tarde hundirse detrás del horizonte. Si el sol no tuviera ocaso, nadie apreciaría su eterna luz; estad seguros, llegaríamos a no verlo, a olvidar su existencia.

La vida del esclavo exaltó los encantos de la poesía; quien vive amarrado por duras cadenas, entona himnos ardientes a la libertad; quien carece de osadía y atractivos, canta más dulcemente las excelencias de la mujer; quien sabe que morirá pobre, venera como a una diosa la fortuna; el plebeyo respeta la noble aristocracia, y el hidalgo admira la realeza. Cuando los círculos están limitados, la imaginación más mezquina enaltece y poetiza. Decidle a un ciego que os hable de la luz; su relato será una queja dolorida, un sentimiento entusiasta, un poema probablemente; sabréis con sorpresa cosas que vosotros ni siquiera soñasteis; vosotros, que os bañáis en rayos del sol y en reflejos de luna.

Las insaciables aspiraciones que infunde a to-

dos los hombres la moderna democracia determinaron una sed inextinguible de placeres y verdades; cualquiera es libre y amante, cualquiera puede ser noble y rico; ante un deseo fácil de satisfacer, ante una esperanza que se puede convertir en realidad, el hombre busca su camino procurando por mil medios lograr lo que ambiciona; antes la envidia era un pecado; ahora es una emulación, y sin reposo nos espolea. Ya nada se admira, porque todo se toca, todo se alcanza con la mano ardorosa que la sensualidad mueve, o con el frío escalpelo que guía el análisis; pero si compararse pudiera nuestra existencia con la de los tiempos que pasaron; si pusiéramos frente a frente a un pastor de la feliz Arcadia y a un campesino de nuestros días, a un duque del siglo XVII y a un banquero del año 90, o a una dama encastillada y a una señora elegante de las que pasean en los Jardines y asisten al Príncipe Alfonso, veríamos claro si la poesía voló al cielo de su gloria, o si, como yo presumo, se derrama constantemente sobre la dura y maldecida tierra.

Era, en siglos pasados, poético el delirio; ahora es poética la realidad. Quien despreciando aquello mismo que le proporciona goces, loco se afane y corra devorado por la codicia, sufrirá eternamente las ansias de un deseo; pero quien limite su ambición a lo que pueda obtener de sus facultades, gozará, sin duda, en el seno apacible de su familia, o entre las olas del mundo, más placeres que pudieran reunir entre todos veinte princesas enamoradas y otros tantos magnates de horca y cuchillo.

Sería en exceso atrevido proceder al entronamiento de los maestros novísimos de la poesía

contra los que de antiguo acreditaron que no era injusta su fama; pero no parece difícil, ni siquiera irreverente, probar que los *poetæ minores*, que hoy más que nunca invaden el mundo de las letras, valen y sienten más que aquellos caballeros *engarzadores* de marmóreos versos en sonetos y endechas, lo cual, a mi juicio, probaría que si las nuevas generaciones carecen de grandiosas epopeyas, y ni en el teatro brilla con sublimes resplandores un espíritu esencialmente poético; si las mujeres no se afanan tanto por los versos, y los hombres muchas veces los desprecian; todo esto sucede, no porque huya de nuestra sociedad la poesía, sino porque se difunde sin reposo en la humana existencia.

Deduzco, pues, de lo dicho que ya no es indispensable tener un genio y un instinto privilegiados para sentir y hacer sentir, para llamarse poeta. Representen dos o cuatro maestros, en buen hora, las emociones características de una sociedad, o adivinen la encubierta llaga y señalen, inspirados, un goce futuro que consuele al hombre, no por esto dejarán de ser poetas cuantos consigan conmovernos con su ternura o con su pasión, cuantos reflejen sobre la nuestra su alma impresionable, aunque sea estrecho el horizonte de su vida y admiren con sus cantos a un pequeño círculo social. Así, me permito considerar absurdas las apócrifas leyes que los arrojan del Parnaso. Si el paganismo tuvo un dios encargado de cada movimiento de la naturaleza, ¿por qué no ha de tener la poesía muchos dioses, aunque sólo exprese cada uno una emoción del alma?

En Francia, en Alemania y en Inglaterra, la *crítica* es, no solamente una profesión productiva, sino un arte verdadero. Un escritor correcto y elegante lo expresaba en estas palabras: «No destruir, reconstruir; no negar, afirmar; no reformar, explicar; dar a las realidades alma y cuerpo a las idealizaciones; lanzar un nombre, clasificar un talento, ilustrar una noticia, determinar una perspectiva, formar para el público el quilo de su alimento espiritual, porque en lo intelectual, como en lo físico, nada más lo que se digiere alimenta.» Este es el objeto de la crítica, que se ofrece como potencia independiente:

«Tratando de igual a igual con las concepciones originales, creadora en el orden abstracto, mientras que la producción directa lo es en el orden concreto, sigue una línea paralela a ésta, como hermana reducida, no a la impotencia, sino al celibato; su vida es personal y propia, y las obras no son para ella más que la razón de ser: el *motivo*.»

Y continúa ya enardecida su briosa inspiración:

«Un autor hace, o más bien trata de hacer, una comedia o un libro; la crítica se apodera del pensamiento y engendra la obra. Quién, con el esbozo del poeta, pinta un hermoso cuadro; cuál aguza con su talento la punta de la sátira o de la observación; éste, a fuerza de amor por la obra, consigue comunicar al públi-

co su entusiasmo; aquél, discutiéndola seriamente, le da importancia. Con frecuencia la obra no era más que un *libreto* al cual ponen la música los críticos.»

Estas razones parecen atendibles, pero el contundente literato las apoya con estas otras:

«Los grandes caracteres que dominan la masa social y humana, los don Juan, los Alcestes, los Fausto, los Hamlet, ¿pensáis que salieron del cerebro de sus autores con ese prestigio que os deslumbra? ¿No ha sido la crítica quien, a fuerza de estudio, recogiendo estrellas, ha hecho de cada uno de esos astros una brillante constelación? Tirso de Molina desvaneceríase ante su don Juan, que se vió pequeño en su tiempo, y a quien hoy se mira gigante. Molière no reconocería tal vez a Philinte, aquel marqués de Carabás del egoísmo. Goethe, la serenidad encarnada, turbaríase contemplando coloso a Fausto, aquella figura de madera de Nüremberg que había labrado sobre viejas leyendas... ¿Qué fué Hamlet cuando Shakespeare lo concibió? Un efluvio insano. Y con el soplo de la comprensión moderna se ha convertido aquel efluvio en sombra inmensa del alma humana: la duda melancólica; como esas ligeras nubes de las cuales hacen los fuertes vientos en corto espacio un velo negro para toda la bóveda celeste.»

La decadencia literaria en España, que se muestra patentemente, no por falta de inventiva en los escritores, sino por sobra de apatía en el público, puede proponerse también como argumento en favor de la crítica que aquí no existe. La crítica es la mejor partera del ingenio, le alienta con sus avisos, le ayuda con sus

trabajos y pone a sus hijos en condiciones de vida.

Un *cronista* famoso lamentábase hace algunos días con estas razones: «Ya no causa sen»sación nada en el público. ¿Se publica un li»bro de Galdós o de Valera? Pues parecía na»tural que se hablara del libro con preferencia »a otro asunto cualquiera. No es así. Entre los »acontecimientos artísticos o literarios y los ner»vios del público hay una corteza.»

No, no hay corteza, no hay nada, ¡el vacío! Son dos mundos distintos, dos atmósferas diferentes. En vano será que multiplique sus creaciones el artista; en vano será que aspire a comprenderlas el público, si no se construye un puente que acerque los dos mundos; si una poderosa ráfaga no atraviesa los confines de la esfera para salvar el vacío, en el cual nada vibra, nada repercute.

Críticos habrá en España, pero la crítica no existe, sin duda, porque no produciendo ésta lo indispensable para vivir, aquéllos no pueden ejercer un trabajo proporcionado y constante.

No son escasos los roedores de famas que alardean de un humorismo desentonado, y provocan la risa declarándose inviolables jueces ante un potro dispuesto para el martirio de la burla. El crítico es un viajero en el mundo del arte; puede contar sus impresiones y sus descubrimientos, sus encantos y hasta sus aventuras, pero no hablará nunca de lo que desagrada, fatiga y no interesa... Precisamente de lo que se habla más aquí para escarnecer a infelices autores moviendo a risa con chuscadas.

Son éstos los únicos días del año en que la gente discurre acerca de asuntos relacionados con el arte dramático español.

Unos dicen que no existen buenos cómicos.

Otros aseguran que faltan geniales autores.

Los últimos afirman que no hay un teatro digno de llamarse teatro Español.

Y todos están en lo cierto.

No hay autores, ni cómicos, ni teatros.

¿Qué hacer?

Lo que hacen todos en esta época del año: *proyectos*.

No estoy conforme con los que se limitan a exigir obras originales y repertorio clásico.

Ni con los que piden que se toleren las traducciones y los *arreglos*.

Ni con los que desean que pague la sala el nuevo empresario.

Ni con los que procuran darle una subvención.

Mi proyecto se reduce a estas condiciones:

1.ª El teatro Español se adjudicará, por un año, *a la compañía más numerosa*. (Lo malo que abunde.)

2.ª Quedará terminantemente prohibida la representación de obras extranjeras y la de *obras pertenecientes a nuestro glorioso teatro*. (Aquéllas para que no se propalen y éstas para que no las destrocen.)

3.ª Todas las obras que se representen serán, en consecuencia, *nuevas y originales*.

4.ª Los cómicos tendrán la obligación de ofrecer un estreno cada tres días.

5.ª La temporada será de ocho meses, en los cuales nos darán a conocer ochenta obras nuevas y originales, cien cómicos de todos calibres.

Y si entre tantos no sale nada bueno, podremos asegurar que la dramaturgia murió en España.

Esta sería la *investigación de lo desconocido*.

¿Y quién sabe si a fuerza de arañar encontraríamos algún tesoro?

La prueba no es difícil.

Congréguense todos los cómicos desamparados, todos los que luchan contra la indiferencia de las empresas y las envidias de los compañeros, y láncense a una batalla ruda soñando en la victoria.

No sería la primera vez que, mientras el ejército destrozado se dispersa, un grupo de insensatos, despreciadores de la muerte, porque su vida se aprecia poco, vuelve por el honor de los vencidos y logra salvarlo...

Héroes o mártires... la ciega locura conduce a estos extremos.

La sensatez y el cálculo son malos consejeros en circunstancias tan apuradas.

Con un estómago bien alimentado y un brillante nombre, ningún cómico, ningún dramaturgo puede redimir al teatro Español.

En los que viven obscurecidos, en los que sufren hambre de pan y de gloria, podemos confiar todavía...

Insistamos para que se acerquen y allanémosles el camino.

Ayer hubo en Madrid dos intentos de suicidio.

Un hombre que trató de arrojarse por el Viaducto y una mujer que se hirió con unas tijeras.

Los guardias de Seguridad recogieron a las dos víctimas, las cuales confesaron que renunciaban a la vida por no ser presa del hambre.

Como quien dice que, matándose, no hacían más que *matar el hambre*.

Morir, matando al enemigo que nos asedia, es un acto heroico.

¡Pobres héroes que vegetan sin abrigo y viven de milagro!; que mueren, como los insectos o las flores, cuando el frío arrecia; que mueren como los malditos, porque la sociedad los rechaza y desatiende.

Y cuando transitan por esas calles implorando una limosna que se les niega, tienden la mano, pero no enarbolan el puño; alzan los ojos y lloran en vez de maldecir.

El talento, la fortuna, el trabajo, determinan clases y posiciones bien diferentes. No todos podemos vestir con lujo, comer con abundancia y habitar palacios. La variedad se impone, y sin ella no hay equilibrio posible. Todas las clases tienen su razón de ser dentro de la moderna sociedad; todas menos una, la de hambrientos.

Los adelantos de la civilización evitan las catástrofes terribles y numerosas: ya no hay pestes, ni plagas, ni choque de hierro y carne; ya no hay apenas ladrones en los caminos y rate-

ros en las ciudades ; las invenciones, la higiene, la urbanización, la policía, van librándonos de todo... menos del hambre.

Mientras un hombre muera falto de sustento ; mientras un organismo humano perezca por carecer de un pedazo de pan, las conquistas, las fortunas y los adelantos que la vida moderna ofrece, dejarán siempre un vacío en el corazón, un vacío que sólo puede llenarse con la caridad espléndida que mata el hambre y redime al hombre.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

II.—(1897)

TRES MORADAS

Menéndez Pelayo, el crítico español por antonomasia; Pereda, el hijo predilecto y único heredero de Cervantes y Mendoza; Galdós, el novelista insigne que representa en este país la noble y avasalladora evolución del pensamiento moderno, tienen sus moradas en un pueblo esencialmente comercial y desdeñoso de todo lo que no se cuenta por ochavos, en un rinconcito de la tierra donde las creaciones del arte son algo menos atendidas que los más vulgares artículos de la industria.

Los adoradores del arte viven felices entre los adoradores del becerro de oro; y no sólo viven felices allí, sino que allí nacieron Menéndez y Pereda, y allí ha concebido la mayoría de sus obras Galdós, quien literaria y artísticamente resulta ya tan *montañesuco* por adaptación al medio como sus dos amigos lo fueron por herencia.

Reunidos los tres académicos en Barcelona, centro poderoso de toda clase de actividades, en

el cual progresan con el mismo brío y empuje que la industria y el comercio, la literatura y el arte, o en Sevilla, la dulce y noble ciudad, eminentemente artística y poética, esa conjunción de poderosas energías no hubiera parecido cosa extraña ; pero en Santander, en el corazón de la *tierruca*, en el centro de una vida sólo amasada con prosaicos ideales, este suceso hace meditar al hombre que desea descubrir el misterio de sus emociones artísticas, y apartando sus ojos de la refinada cultura social, los atrae, los dirige hacia la más agreste Naturaleza : la Naturaleza poderosa, madre amantísima del arte.

Porque allí donde los hombres agítanse constantemente como las hormigas preocupadas nada más por los granos de trigo que amontonan poco a poco en su granero ; allí donde las conciencias apuran sutilmente sus raros escrúpulos para dar más amplitud a los negocios ; allí donde los pensamientos aplícanse de continuo a las operaciones y cálculos numéricos ; allí donde los libros sólo se consideran como provechosa mercancía y los ansiosos de ideal son despreciados como locos, hay una tierra fecunda, siempre verde, siempre variada con matices de color incomparables, hay un cielo ceniciento y triste que transforma las ilusiones en melancolías como las nubes en lluvia menuda, y hay un Océano que se agita rugiente y bravío, que azota los peñascos amenazando cubrir la tierra con sus olas, o se duerme tranquilo sobre la playa, como entre los brazos de su querida un atleta cansado ya de lucha.

Y habiendo ese natural encanto, se comprende que haya también allí, en aquel rincón ado-

rable de la montaña, geniales imaginaciones, potentes unas como las olas del mar, dulces otras como los frutos de la tierra, o tristes y misteriosas como la neblina del cielo.

El arte, que se agota y empobrece repitiendo sin cesar las mismas obras y las mismas ideas, produciéndose y reproduciéndose con afán en los centros de cultura extremada, en Bibliotecas y Museos, adquiere vida nueva y sangre poderosa cuando el artista, en comunión con la Naturaleza, estudia en los modelos vivientes y fecundos, lejos de los libros resobados y las obras reproducidas, donde las ideas adquirieron las apariencias de momias y los objetos la tiesura del cartón.

Los gustos, las costumbres, los atractivos de la sociedad pasan y se marchitan como se desvanecen sus entusiasmos triviales y sus mentidas glorias; más que las flores de cultivados jardines dura el arbusto que nació sobre la roca de una semilla lanzada por el viento; flores de jardín suelen ser las obras creadas entre las frágiles preocupaciones de nuestro estado social, como destellos de un *algo* que se acaba; y arbustos bien arraigados en la roca son las imaginaciones independientes, formadas por un esfuerzo de su propia vida y no con los recursos de ajena voluntad.

Como si las corrientes de la fórmula social hubieran cambiado radicalmente, mientras el comercio y la industria crean grandes centros de actividad, reuniendo sus energías en poderosos núcleos, el arte y la literatura, que vivieron apiñados en capitales populosas, disgréganse y se diseminan por toda la tierra, porque

acaso el individualismo y el aislamiento sean la única salvación. Y así buscan las condiciones más apropiadas a su existencia: el artífice, en la muchedumbre y la moda que le hacen prosperar, y el artista en la Naturaleza y en la vida que le hacen sentir.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Lejos de las bravías arrogancias del mar, lejos de los zumbadores murmullos de colmena de la población apiñada, más allá de las alamedas, en lo más alto de una calle silenciosa hizo Menéndez y Pelayo su morada.

Es decir, no la hizo él, no se ha ocupado nunca de tales cosas: mandósela contruir su padre, profesor muy distinguido, que ha enseñado el cálculo numérico a tres generaciones de montañeses.

Claro que la tal morada no es un palacio, ni un hotel, ni siquiera una choza: es... una biblioteca.

El visitante que desconoce la topografía de Santander, aunque vaya bien informado del nombre de la calle, del número y de mil señas más, difícilmente da con la casa de D. Marcelino; desorientado, aguarda que pase alguien a quien preguntar; y si por suerte alguien pasa, pregunta el forastero:

—¿Hace usted el favor de indicarme cuál es la casa del Sr. Menéndez y Pelayo?

El indígena se queda meditando. A veces encógese de hombros, da una excusa muy cortés y sigue su camino; otras veces, después de mucho estrujarse la mollera, responde:

—Menéndez y Pelayo... Menéndez y Pela-

yo... Menéndez... Menéndez... ¿Será el hijo de D. Marcelino?

Y está resuelta el problema.

Porque para todo el pueblo de Santander, Menéndez y Pelayo es... «el hijo de D. Marcelino», como en todo el resto del mundo el profesor de Matemáticas de Santander sería «el padre de Menéndez y Pelayo».

El visitante llega, por fin, a una verja de hierro, y encuentra un cordón a qué agarrarse. Repiquetea la campanilla, y sale una criada.

—¿El señor Menéndez y Pelayo?

—No está: si quiere usted ver a D. Marcelino, a D. Enrique... Pase usted.

El forastero entra en un jardín primorosamente cuidado, alegre y florido, como si fuera el retiro de una dama poética y soñadora.

A la izquierda está el hotel donde habita la familia, y a la derecha del jardín se alza otro edificio sencillo, nuevo, solitario.

El venerable anciano, más tieso y más flamante que muchos jóvenes de los que ahora se usan, o su hijo Enrique, médico distinguido y poeta inspirado, reciben al visitante con acendrada cortesía.

—¿Desea usted ver a Marcelino? Pase usted...

Le conducen a la derecha del jardín, y le hacen entrar en el edificio solitario, que al recogimiento y al estudio convida.

El autor de la *Historia de las ideas estéticas* aparece con la jovial frescura de su carácter, ni *estudiado* ni *fingido*. Tiene muchos asuntos graves en qué pensar para que le inquieten los minuciosos refinamientos del trato mundano; sabe demasiadas cosas para no saber que la va-

nidad, aun cuando sea un pecadillo tentador para los hombre ilustres, no deja de ser el vicio más común de los imbéciles engreídos.

La biblioteca es muy espaciosa, y en ella se alínean millares y millares de volúmenes, algunos de subido interés y no pocos de gran valor y rareza. En la primera sala, especie de *hospedería intelectual*, pueden acomodarse algunos lectores, y allí el dueño afortunado y generoso de tantas joyas literarias brinda gallardamente su tesoro a los que recurren a él deseosos de acrecentar con preciosas noticias, allí solamente archivadas, los materiales que serán acaso en el porvenir cimiento de obras eruditas y base de nuevas investigaciones.

La última sala sirve de *laboratorio* al académico ; allí produce, rasgueando, sin tachaduras en grandes folios de papel de hilo, esos preciosísimos prólogos y estudios aislados. Como activo artista, esculpe una por una las piedras que, bien acopladas luego, formarán una obra completa y grandiosa, un monumento nacional acaso : así el académico va puliendo uno por uno esos capítulos primorosos que, ordenados más tarde, formarán la historia de la literatura española ; un monumento digno de quien lo construye, y de los genios inmortales, de los talentos pacienzudos, de las imaginaciones ardientes, cuya labor se recuerda y cuya importancia se precisa.

Una vez, sólo una vez, me atreví a profanar con mi visita indocta el santuario de tan potentes creaciones. Hablábame con su verbosidad acostumbrada el sabio insigne, y mientras mis oídos iban destilando en el cerebro atento

sus nobles ideas, mis ojos no podían apartarse de una resma de papel escrito que representaba para el coloso el trabajo de pocos días. Y salí abrumado, como si hubiese caído sobre mis hombros el peso de tanta gloria.

—Venga usted, venga de cuando en cuando, y hablaremos—me dijo, mientras yo recogía mi sombrero y estrechaba su mano, despidiéndome.

—¿De qué hablaremos? Hablaría usted solo en todo caso. ¿Qué voy a decirle yo? Las hormigas no se codean con las águilas. Cuando el águila se posa en el suelo junto a la hormiga, la hormiga, *sólo para mirar* al águila necesita diez horas; ¿cómo quiere usted que tramen conversación?

—Vuelva usted por las tardes...

—No; usted trabaja siempre, y llegar aquí es privar de *algo* a todos. Mientras me saluda, hubiera escrito usted una cuartilla; mientras me oye cuatro cosas insignificantes, hubiera usted leído un libro... ¿Cómo quiere que vuelva, pensando esto? Yo hablaré con usted por las tardes, pero no en este jardín, sino en el jardín lozano y aromoso de su *Historia de las ideas estéticas*; no en aquel recibimiento, sino en la pomposa y elegante *antesala* de su *Antología de poetas*; no en el santuario de su creación fecunda, sino en el santuario de otra creación fecundísima que se llama *Comedias de Lope de Vega*. En esos lugares, y por atenta lectura, me comunicaré con usted. Aquí... no vuelvo...

... ...

... ...

No volví. Su hermano Enrique, a quien veía

con frecuencia, me preguntó la causa de tan brusco retraimiento.

—Es muy sencillo—le dije—; cada uno tiene su manera de ver las cosas, y yo veo al hermano de usted como a una *fuerza de la Naturaleza*, no como a un hombre. Su cerebro me parece una grandiosa fragua donde se forjan con el hierro de todas las minas descubiertas, y otras que descubre a cada paso la erudición del infatigable crítico, piezas hermosas y útiles de que nos hemos de servir todos los que mejor o peor manejamos la pluma emborronando papel... Lo que más preocupa es que tantas obras ya esparcidas, y las que a cada momento saltan del yunque a la cubeta, ya terminadas, no son más que una pequeña parte de la sobrehumana labor de aquel hombre, la obra gigantesca y fecunda que ha de llamarse *Historia de la Literatura Española*; y si eso no lo hace Menéndez y Pelayo, nadie lo hará, porque sólo su energía es capaz de tal esfuerzo.

—Mi hermano trabaja demasiado, créalo usted; y conviene que le distraigan...

—¡Trabaja demasiado!... ¿qué sabemos? La potencial de su cerebro es incalculable para nosotros. No se puede juzgar a Marcelino como a un hombre, sino como a una fuerza; su vida no es como las otras vidas, una complicada concordancia de funciones diferentes, no; es una función única y trascendental; perdone usted si le digo que todos los diagnósticos del médico no bastarían para resolver ese problema de mecánica. La vida y la obra de Marcelino se confunden, a mi manera de ver, en una sola expresión científica: el desarrollo de una fuerza generadora sobre millares de millares de cuartillas tra-

zando la *Historia de la Literatura*. ¿Tiene la máquina bastante combustible para llegar sin tropiezo hasta el final?

... ...

Don Benito Pérez Galdós.

Hace algunos años, bastantes años, comenzó a circular la noticia : el autor de los *Episodios Nacionales* mandábase construír un palacete a orillas del mar, en Santander, y allí trasladaría su morada en cuanto concluyesen las obras.

Que desertara el novelista insigne, que desalojase para siempre su nido alto y risueño, bañado en luz, de la plaza de Colón, que huyera de Madrid, eran asuntos de bastante interés para muchas conversaciones ; pero que todo esto sucediera porque se podía permitir el inaudito lujo de hacerse una casa con los millares de volúmenes de sus novelas, resultaba, más que interesante, asombroso.

Asombroso, eso es ; las letras y las artes prosperaban evidentemente : de las artes ya nos habían dicho algo ; pero ¿de las letras? ¿Cuándo un escritor había conseguido, con el solo esfuerzo de su pluma y por camino derecho, sin valerse de los *atajos* que abre la política dominadora, crearse una posición holgada conquistando a un tiempo gloria y bienestar?

No es el momento más oportuno para discurrir por qué variadísimas razones el escritor es en España un desheredado perdurable de la fortuna o un esclavo de la política. *Dicen* que aquí no interesan los libros... Haría falta determinar

por qué no interesan... Pero sigamos adelante.

... ...

Visité a Pérez Galdós en su morada silenciosa y apacible durante los meses de Agosto y Septiembre del 95.

El hotel San Quintín (que así se llama el palacete), situado en la Magdalena, dominando la playa y el mar, ostenta en su fachada el escudo alegórico de los *Episodios Nacionales*. En un ángulo del huerto álzase con esbeltez briosa el asta, donde juguetea el vientecillo salobre, rizando y extendiendo la bandera española, también adornada con el expresivo emblema.

Del camino a la playa forma el terreno una pendiente pronunciadísima, y en esta pendiente, cortada en el término de la huerta por un muro de contención que le suspende sobre la vía férrea, está construído el palacete. La puerta principal, sobre la carretera, sólo se usa generalmente para el servicio de la casa; cuando se llega de Santander o del Sardinero, es más cómodo entrar por el postigo de la huerta, que se abre a diez pasos de la estación del ferrocarril; un ferrocarril de juguete, que recorre un trayecto de seis kilómetros bordeando el monte y ofreciendo un hermoso panorama de mar...

Galdós madruga, y su primera obligación es bajar al jardín. Los conejitos y las gallinas aguardan que les ofrezca su almuerzo. Viendo cómo roen aquéllos y cómo pican éstas, pasa un buen rato, abstraído, como si no hubiera más mundo que los ocho metros cuadrados que forman el corralejo, como si no tuviese más preocupaciones la fecunda imaginación del artista que procurar satisfacción a los inocentes animalitos.

Luego recorre a pasos lentos el jardín, observándolo todo, planta por planta, hoja por hoja; la yema incipiente o el tallo marchito, el capullo que rompe o la flor que se desprende. Y sus ideas abarcan mayor espacio, como si el mundo se fuera ensanchando para él poco a poco; entra en la huerta y va pasando revista cuadro por cuadro: este maíz que se marchita, esta fruta que madura, esta planta que tiene sed, y al fin llega, paso a paso, al murallón de la vía, y levanta los ojos del suelo, y apoya los brazos en la balaustrada, y contempla el mar, el mar inmenso que se despereza blandamente sobre la playa; y respira el aire marino, saturado de gérmenes vitales; y pasan los minutos y transcurre una hora sin deshacer el encanto.

Después de tomar el desayuno, que le llevan al jardín, entra en su despacho, y escribe tres, cuatro, cinco, seis horas, despreocupado en absoluto de cuanto le rodea y absorbido completamente por su propia creación.

Por la tarde vuelve a la huerta. Mientras él escribió quince o veinte páginas, consumieron los conejos hasta el último troncho y las gallinas hasta el último grano. Hay que procurar alimento a los animalitos y hay que hacer, de seguro, alguna labor en el huerto; y se disponen las azadillas y el cubo y la regadera, y principia el reparto del agua, cuando no se buscan esquejes o se podan árboles o se prepara la sementera en los viveros.

Ocupado en estos ejercicios mecánicos, parece que se olvida en absoluto de sus absorbentes preocupaciones intelectuales. No conociendo mucho a Galdós, sería difícil comprender cómo al mismo tiempo que medita obras de los vuelos

de *Nazarín*, *Alma* o *Realidad*, puede interesarse afanosamente por una rama desgajada, una fruta caída o un tallo muerto.

Sin embargo, este interés resulta natural en un carácter profundamente observador y humano, que siente de un modo intenso la comunión de su alma con la Naturaleza toda; el filósofo Guyau lo ha dicho maravillosamente y en pocas palabras:

«Cuando veo cómo se abre un capullo, me parece que se despliegan sus hojitas dentro de mi corazón; con la mariposa, cuyo vuelo mi vista sigue, me parece que mis labios besan las flores.»

Galdós une a su talento prodigioso y a su espíritu analítico una sensibilidad exquisita que le hace atender a todo, amarlo todo, interesarse por todo. Ese afecto dulce que se condensa como un ambiente sutil, formando una especie de nimbo glorioso alrededor de las almas que saben sentirlo, es casi lo contrario de los apasionamientos exaltados, de las atracciones violentas y de las ráfagas de simpatía. La más aparente manifestación sentimental sólo es, con frecuencia, un disfraz del egoísmo, y el egoísmo es el aislamiento, la insensibilidad y la muerte del alma. La Naturaleza toda vive con una sola vida concentrada en una vibración eterna que sin cesar se transmite, y esa vibración puede comunicarse de unas a otras almas, ya por choques violentos que producen pasiones y luchas, ya por impulsos acompasados que determinan afinidades armónicas.

El espíritu sensible, atento a cuanto le rodea, se cobra de sus cuidados con el placer que le producen sus propias atenciones, y al consagrarse

a la Naturaleza, fundiéndose como una nota en el himno eterno, siente la vida universal, la vibración eterna que le arrastra, y es goce cuando hubo armonía, y es dolor cuando hay contraste.

... ...

... ...

Al ver a Galdós disponiendo lo que han de comer sus animalitos o regando la huerta, veo al autor de *Nazarín* admirando todo lo grande, interesándose por todo lo pequeño, amándolo todo, compenetrándose por sus acciones como por sus pensamientos con la vida perdurable de la Naturaleza.

... ...

... ...

En su corral vivían los conejos muy pacíficos; todos eran blancos y estaban gordos y satisfechos. Las hojas de verdura eran su delirio; las cañas de maíz su regalo, y los chupones de rosal su más ansiada golosina.

Cuando esos vástagos rozagantes y estériles que absorben el jugo del arbusto empobreciendo sus ramas fecundas, brotan de la raíz de un rosal y amenazan esquilmarle, pronto la tijera del jardinero humilla sus arrogancias, corta el miembro dañino. Pero como hasta lo más inútil sirve de algo, en el chupón que no produce flores hallan los conejos un exquisito manjar, mucho más delicado que los capullos de rosa.

La podadera en manos de Galdós va siempre a caza de chupones entre los rosales del palacete de San Quintín. Librar al rosal del parásito absorbente, ofrecer a los conejos blancos un suculento *lunch*... ¿Cómo no darse un gusto que produce a un tiempo dos favores?

Un día, no sé quién regaló un conejo de campo, y lo metieron con los otros en el corral.

¡ Apenas fué jolgorio el que se armó ! Los conejos blancos juramentáronse contra el conejo gris : yo creo que hasta decidieron *asesinarle* ; no le dejaban comer ni descansar, y eso que sobraba comida y habitación. El montuno enfiaquecía y recelaba de todo. Al cabo de algún tiempo, royendo un chupón de rosal, firmaron las paces. No pudiendo comerse los unos a los otros, acabaron comiendo juntos. Y siguen tan amigos.

El conejo gris asegura formalmente que sus condiciones montunas jamás le diferenciaron de los conejos caseros en el concepto moral y político de su raza : que sólo había originado el conflicto la diferencia de color.

Por mucho menos luchan y se destrozan los hombres...

... ...

Ni sus inspiradísimos trabajos, ni sus minuciosos entretenimientos, hacen olvidar a Galdós el encanto que le llevó a la montaña y que le tiene robados los ojos : aquel mar, aquel pedazo de mar a ninguno comparable.

Cuando quiere contemplarlo en toda su brutal y magnífica grandeza, sube al mirador que hizo construír en lo más alto de la casa para dominar con la vista el azul inmenso, agitado y bravío en la costa, deshaciéndose contra las peñas en columnas de blanca y bullidora espuma ; dulce, apacible y sereno en la bahía, rumoroso y arrullador cuando lame las arenas de la playa.

Desde la balaustrada que limita el huerto y corona el murallón de la vía puede admirarse, aunque no tan grandioso, parecido espectáculo ;

allí se acerca Galdós al caer la tarde, y desde allí contempla los vapores que cruzan la barra para entrar en el puerto ; alguna vez iza la bandera, y ellos responden cortésmente al saludo. Ingleses, franceses, italianos, rusos, todos conocen el emblema que sobre los colores rojo y amarillo dignifica una gloria más de nuestra patria : los *Episodios Nacionales*.

Con la pluma en la mano, con el azadón, con la regadera, con los ojos fijos en las cuartillas o puestos en el mar, en el silencio y entre conversaciones animadas, Galdós fuma siempre, siempre ; no sé de nadie que fume tanto como Galdós, para quien es media vida el cigarro.

Entre dos luces le llevan todas las tardes el correo. Abre las cartas, repasa las firmas y lee, sentado en un banco del jardín, las que más le interesan, ayudándose a veces con cerillas, porque la luz crepuscular no es bastante.

Desde que se metió entre bastidores, el teatro es lo que más le atrae, y en las cartas y en los periódicos lo que primero busca es lo que al teatro se refiere.

Los cómicos y los críticos lograron lo que parecía imposible : sacarle de su placidez olímpica, despertar en su espíritu apasionamientos impropios de su carácter. El prólogo de *Los condenados* es prueba evidente de lo que digo.

Galdós novelista llegó a cuanto se puede llegar ; nadie se atreve a regatearle gloria. Galdós dramaturgo lucha, cae, se levanta y sigue : sigue ascendiendo por la empinada cuesta de su calvario, llevando su cruz : la indiferencia de un público alucinado por la rutina y que no acaba de comprenderle.

¡ Si al menos la crítica le sirviera de Cirineo !

Pero la crítica no le ha querido estudiar ; la crítica en el teatro sólo es un *eco del público* en lugar de ser su *guía* ; y acaso aunque tuviese voluntad, faltaran a la crítica fuerzas para imponer una obra. El público no quiere atenderla en el teatro.

Las corrientes modernas favorecen al dramaturgo del porvenir ; el público se forma poco a poco, y Galdós vencerá.

Pero es preciso, para que su victoria sea completa, que renuncie a los efectos convenidos, a los trucos obligados que forman la dramaturgia resobada y corriente.

Marcó en su primera obra el camino. Sígalo con paso firme, sin que le asusten la soledad y los abrojos. Al fin, al fin, en una sola noche se recogen los frutos de muchos años, y es mayor el triunfo cuanto más terrible haya sido el combate.

Si alguna vez su espíritu vacila, recuerde al conejo gris, al animalillo montuno.

Lo que hoy le niegan, mañana se lo concederán ; porque, al cabo, Galdós resultará un dramaturgo de raza... pero de distinto color que sus congéneres.

Don José María de Pereda.

Pereda tiene su morada en Polanco.

Y Polanco es un pueblo maravilloso; la corte de la novela española y la patria del príncipe de los novelistas contemporáneos. Tiene un caserón donde nació Pereda, una pila bautismal donde Pereda fué bautizado, y una morada nueva y elegante, donde ha escrito Pereda varias de sus obras.

El mundo entero ha sabido que Polanco existe, porque allí fechó Pereda sus libros rotulados *Pedro Sánchez*, *El Sabor de la tierruca*, *La Puchera* y *Al primer vuelo*; ¡casi nada! Y en Polanco ignoran la existencia de Pereda.

Un príncipe indiscutible de la patria literatura no ha llegado a ser en su pueblo un cacique soportable.

Mientras Pereda está en Polanco, sus amigos de Santander cumplen la obligación sagrada y dulce de visitarle todos los domingos.

Allí va Sinforoso, el viejo y alegre representante de *aquella juventud* que Pereda nos pinta en sus libros; allí van Pepe Quintanilla, el *joven de ahora*, el más joven de todos y el más querido acaso, y Enrique Menéndez, y Federico Vial, y Pérez del Camino, y Escalante, y Aurelio y Fernando... Con una sencilla clave

que no me atrevo a publicar, podrían mis lectores conocer a estos personajes en la preciosa novela *Nubes de estío*. Allí están, de cuerpo entero, dibujados por mano de artista.

El tren Cantábrico nos conduce a La Requejada en cuarenta minutos. Alguno de los hijos de Pereda y el coche aguardan a los viajeros en la estación.

El coche va de respeto, porque todos prefieren subir a pie por la vereda. ¡Es tan hermoso el camino a través de los campos!

Pepe, que además de privilegiada inteligencia tiene feliz memoria, realza la visión directa recitando punto por coma descripciones del maestro, que ha recogido en algunas de sus obras las delicias de aquel panorama, o con versos del famoso Escalante, un Stéphene Mellarmé de la montaña, que pudiendo ser un regenerador en el país del arte se ha contentado con ser un Juan García en su casa.

(Con este pseudónimo ha firmado Amós Escalante sus libros *Costas y Montañas* y *Ave María Stella*, de los cuales asegura Menéndez y Pelayo que «pasarán por clásicos cuando los españoles volvamos a aprender el castellano».)

En el portalón aparece la figura cervantesca del maestro. Saludos cariñosos, fraternales, preguntas rápidas, alegría contagiosa. Entramos en el jardín, en la casa, y volvemos a salir en un minuto: la misa no espera. Y allí vamos todos a escuchar la plática del cura, la plática interminable, intercalada en el Santo Sacrificio, la plática retorcida y abstrusa que nadie comprende. Pero el humilde sacerdote aprovecha la ocasión de lucir las galas retóricas de su vulgar sabiduría... ; y al maestro, que tanto como catá-

lico a macha martillo es artista impecable, se le crispan los nervios.

De vuelta, en el jardín, a la sombra de los álamos, en cómodos asientos de madera o en el mullido césped cubierto de hojarasca, mucho más cómodo aun, formábamos círculo, y la conversación, que al principio era de tonos apacibles, casi lánguidos muchas veces, al cabo de una hora se convertía en charla ruidosa.

Pereda desconfía mucho de su oratoria; pero es hombre de fácil y pintoresca palabra, de persuasiva dicción; dibuja y rasguea con la frase hablada como con la pluma. Para ser un gran orador le falta una sola cosa: desvergüenza.

El entendimiento de Pereda, como el de muchos literatos, pensadores y artistas, muéstrase de sobra pudoroso; para exteriorizarse con las galas que han de cubrirle, sólo se decide a salir después de haberse visto en un espejo.

¡Cuántos oradores pasarán a la historia sin haber poseído en tan alto grado como Pereda el don de la palabra!

En la intimidad, si las cosas vienen rodadas y el asunto lo merece, ¡hay que oír al maestro! y hay que verle también, porque sus ojos y sus labios, las contracciones de su cara y las actitudes nobles de su cuerpo realzan el discurso, infundiéndole calor y vida. Nunca olvidaré cómo, sin proponérselo (porque acaso entonces los nervios no le ayudaran), me hizo la relación del suceso un año después de la hecatombe del *Machichaco*; no lo dijo mejor en *Pachín González*; y cómo nos ha referido algunas veces las memorias que aun conserva de sus paseos por Madrid durante la Revolución, relatos que nada pueden envidiar a los mejores capítulos de *Pe-*

dro Sánchez, así como diversas impresiones que hirieron su memoria de artista; porque sus recuerdos parecen grabados a buril, en láminas de bronce, por una mano privilegiada y adorable.

Toda la mañana discurría dulcemente, y nos avisaban para comer cuando todos habíamos perdido la noción del tiempo; ¡tan interesantes nos parecieron aquellas tertulias!

La comida era siempre deliciosa—y esto ya no hay que alabárselo a Pereda, sino a la señora, una excelente señora, cuyos pies beso—; la mesa resultaba muy alegre. Nada mejor que una buena conversación para venir acompañando suculentos manjares. Unos devorábamos como fieras, otros hacían melindres, y Sinforoso la emprendía con los dulces desde la sopa. Buen santanderino de los buenos tiempos, los años no le quitan su predilección por las golosinas... y por las muchachas, aunque, naturalmente, ni los dulces de ahora le saben tan ricos, ni las mozas de hoy le parecen tan bonitas como las costureras de antaño, flor y nata de la hermosura.

Pereda, que no es perezoso para lanzar frases ingeniosas ni tardo en réplicas oportunas, animaba la mesa con su brillante conversación, satisfecho y alegre al sentir debajo de cada servilleta prendida un corazón que le ama.

Porque los contertulios de Pereda sentimos hacia él profundo cariño, inmensa veneración; esa veneración que no se manifiesta según fórmulas triviales de un estudiado acatamiento servil y humillante; la veneración del hijo por el padre, que no destruye la expansiva confianza ni empequeñece la dulce intimidad.

La tertulia sigue luego en el despacho, y se prolonga todo lo posible. Treinta minutos antes

de pasar el tren bajamos a la estación ; el maestro nos acompaña. Y en cuanto salimos del pueblo nos hallamos con el más delicioso panorama que puede imaginarse. Pereda lo ha contemplado millares de veces, lo ha descrito punto por punto, y, sin embargo, cada vez que pasa por allí se detiene, y abarcando con su vista el espacioso paisaje, no puede contener su emoción.

—Mire usted, mire usted...

Mucho hay que mirar : los ojos no se cansan y el pensamiento no se hastía... Por aquellas praderas, por aquel caminito serrano bajó la pobre Inés a pedir albergue a la buena Pilara ; bajó de noche, tropezando, con miedo... Aquellos valles, aquella ría que se retuerce como si, atraída por las galas que abandona, quisiera, volviendo atrás, recorrer de nuevo su camino ; aquellas montañas que se asoman al mar..., todo aquello es el escenario de *La Puchera*, donde se desarrollan los dramáticos acontecimientos de la palpitante narración. Por aquí salió el Berrugo a descubrir su tesoro ; por allá iban a la pesca el *Lebrato* y el *Josco* ; por esta parte subía la rozagante Pilara ; por aquélla bajaba el sucio Marcones...

El tren se acerca ; es preciso no perder un momento ; abreviar las despedidas... Adiós, adiós...

... ...

... ...

En el mundo nadie goza dichas durables, y la fatalidad viene a empañarlo todo con su aliento.

Pereda no tenía nada que desear : talento indiscutible, gloria inmaculada, fortuna cuantiosa, mujer amante, hijos robustos... Y la fatalidad le hirió donde más podía dolerle.

La casona de Polanco es ya para Pereda la mayor gloria y el tormento mayor.

Entre aquellas paredes desarrolláronse los más preciosos frutos de su poderosa fantasía; entre aquellas paredes murió su hijo primogénito, desgarrando a la vez su corazón de padre y su alma creadora.

Para recordar la impresión de aquella catástrofe brusca, reproduzco la carta que, tembloroso, escribí entonces, impresionado por la derrota cruel del hombre y por el desaliento de sus amigos más cercanos:

«*Mi queridísimo y bondadoso maestro: La trágica muerte de Juan Manuel (e. p. d.) ha ocasionado un dolor sincero a millares de personas, que sufren al pensar lo que usted sufre y lloran porque usted llora.*

Cuantos deleitaron su corazón y su entendimiento con los hermosos libros de usted, hoy satisfacen con lágrimas un tributo de simpatía, de cariño, de verdadero amor. Porque al genio que nos encanta le amamos tanto como a la mujer que nos promete delicias, como al padre que nos procura conveniencias, como al hijo que prolonga nuestras ilusiones.

Poseídos por la tristeza, gozáronse algunos viéndola convertida en desencanto. El dolor se recrea mientras destruye; sintiendo la obscuridad, rechaza la luz y busca mayores lobreguece; el alma es también egoísta conservando y acreciendo sus amarguras.

Los que sintieron el golpe más de cerca, los periodistas montañeses, con el desaliento propio de las primeras emociones, aventuraron una idea inconveniente.

Los razonamientos de los amigos podrán ser

hojarasca inútil; acaso ni la familia consuela, ni la soledad alivia, ni el tiempo borra inmensas amarguras; pero el arte puede obrar milagros.

Decirle a usted que no terminará el comenzado libro *es destruír la única esperanza para su consuelo, es borrar la memoria de Juan Manuel que la novela de usted eternizara.*

Desconozco el asunto del nuevo libro; pero como todos los de usted, estará impregnado en esa vida intensa del mar y de la montaña; esa vida poderosa que sólo usted puede reproducir, condensándola en expresivo lenguaje. La primera mitad, ya escrita, resplandece, sin duda, con las energías de un genio en la plenitud augusta de sus facultades; lo que resta puede ofrecernos una labor dulce y resignada, triste reflejo de un alma eternamente dolorida. Y entre aquellas vivezas y estos desencantos, una página de luto y una cruz separando con sus brazos dos palabras: la última que trazó el glorioso novelista y la primera escrita por el afligido padre... ¿Puede haber monumento más hermoso para una memoria querida?»

10 Septiembre 93.

Y esta carta obtuvo la contestación que transcribo en interés de mis lectores.

8 Diciembre 93.

Mi querido amigo: Llegada la hora, bien poco tiempo hace, de comenzar el pago de las innumerables deudas de gratitud que contraje con el triste motivo que le inspiró a usted su cariñosa carta, no han sido los amigos de mi mayor confianza mis acreedores de preferencia para el

cumplimiento de aquel sagrado deber. Consideraciones y respetos de cortesía me lo aconsejaron así, y a esta causa se debe el que no haya recibido usted algunos días hace los renglones que le escribo ahora. Porque hasta los horrores de la conflagración del día 3, no he despertado yo del marasmo en que me dejó sumido la magnitud del infortunio con que Dios se sirvió probar la fortaleza de nuestra fe, el para mí nefasto 2 de Septiembre. No me parece hoy más pequeño porque me rodeen otros muchos aún mayores que él; pero el espectáculo de tantos horrores, de tantas pesadumbres y de tantas lágrimas, impulsa a los corazones honrados a olvidarse de los propios dolores para llorar los ajenos..

En esta tregua me hallo, amigo mío, y esta tregua aprovecho para llegarme con mi expresión de gratitud a las almas buenas que, como la de usted, acudieron a acompañarme y a fortalecerme con sus consuelos cariñosos en los desfallecimientos y soledades de mi espíritu. Dios es siempre grande y justo y misericordioso, y todo cuanto dispone y ejecuta, como el llevarme tan súbita y espantosamente aquel ángel cuya custodia en la tierra me había confiado, está bien dispuesto; yo bendigo y acato sus designios eternamente misteriosos e inexcrutables; pero las heridas abientas en el corazón, carne flaca y perecedera, por el pedazo arrancado de él tan súbita y bruscamente como el que arrancó del mío duelen mucho, y no hay reflexión que alcance a cicatrizarlas, si la misericordia de Dios no viene en nuestro auxilio. No sé, por eso, lo que será de mí en adelante, ni la extensión de camino que podré recorrer con una cruz de tanto peso

sobre mis hombros; pero, y viniendo al asunto accesorio de la sentida carta de usted, si algún día hallara yo en las serenas regiones del arte los alientos y la fortaleza que no encuentro hoy fuera, en los linderos de la familia, no podría entrar en él por otros caminos que esa novela a que usted se refiere y andaba cerca de su conclusión en aquel momento de negra memoria. Es de notarse, como coincidencia con un consejo de usted, que junto a la última palabra escrita en el autógrafo hay una cruz estampada por mí al recoger al día siguiente las cuartillas que habían quedado dispersas sobre la carpeta. Si una vez en los caminos de que le hablo, logro saltar, cerrando los ojos, el abismo que señala aquella cruz, quizás consiga llegar, aunque maltrecho y desalentado, hasta el fin de la jornada, pero Dios sabe por qué derroteros. Y esto, no con los designios que usted se forja, dando a la obra y a su autor una importancia que no tienen, sino por egoismo de enfermo desganado que se nutre de lo único, poco y malo, que apetece. Como todo lo sagrado (pues ha llegado a serlo para mí aquel rimero de cuartillas), me espanta y me atrae al mismo tiempo esa obra, gran parte de la cual me vió escribir él.

No le extrañe, pues, mi continua vacilación entre quemar lo hecho ya y esperar días de mayor sosiego para intentar concluirlo.

Sea siempre lo que Dios quiera y disponga; ampárele a usted a medida de mis deseos; perdóneme la tardanza en escribirle en gracia de las razones alegadas, y reciba un abrazo de su muy obligado amigo y compañero,

J. M. DE PEREDA.

Llegó al fin a publicarse *Peñas arriba*. Glorificando el público a su novelista más amado, agotó en menos de un mes una edición de 6.000 ejemplares.

El día 2 de Septiembre del 95 acompañamos al maestro: era el segundo aniversario de su inmensa desdicha.

Le vimos acercarse a la sepultura y abalanzarse a la peligrosa escalera... Su cuerpo se golpeaba contra las paredes y sus ojos cubríanse de lágrimas.

Bajé a la cripta: la obscuridad y un olor acre de flores enmohecidas embotaban los sentidos.

Cuando los ojos comenzaran a ver, saturado ya el olfato, no le ofendía el vaho de podredumbre.

Colocamos las coronas y salimos de allí. Volvimos a la luz y a la vida.

El sol brillante, la pradera verde, los pájaros bulliciosos...

Pero dominados por la emoción del maestro, ¡nos parecía todo muy triste!

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

III.—(1899)

DIVAGACIONES

Salía buscando aire puro y reposo... La calle me pareció una feria de andrajos; mujeres y hombres, roídos por el hambre, avanzaban tristes, inseguros, como si temiesen hallar de mañana en el centro populoso las mismas angustias que les ofrecieron de noche sus arrabales nauseabundos. Los niños corrían y gritaban; los vendedores, voceando, atraían a los curiosos. Un piquete de la guardia civil se aproximaba solemne, severo, casi fúnebre, con isócrono andar; los miserables clavaron sus ojos enrojecidos en aquella masa obscura y enmudecieron; su admiración silenciosa parecía más triste que su miseria. Seguí; una comparsa me recordó el carnaval agonizante; los hijos, el padre, la madre y el abuelo, de amarillo y azul, con galones dorados y plumas en los capacetes: guerreros de burla y pobres de solemnidad; aparecía en su rostro la trágica estupidez, huella terrible de privaciones y sufrimientos interminables. Pasó un coche salpicando a los transeuntes; las carretas avanzaban lentamente; las mu-

las perezosas, los arrieros aburridos, y el flujo de los arrabales, como una riada turbia, descendía poco a poco.

Tomé, a la izquierda, el camino del Partidor, dejando atrás el bullicio y la podredumbre ; sentí la dulzura del silencio, el suelo sin lodo, el aire puro... Arrimadas a una pared, cosían dos viejas ; cosían andrajos inservibles, acaso las galas de su alegre juventud. El cementerio mostraba las negras puntas de sus cipreses. La vejez al fin del bullicio ; y pasado el cementerio, todo calma, el reposo más allá de la muerte ; la llanura sin cultivo, nevada la sierra y el cielo azul, con ese azul cuya pureza tranquila seduce y conforta...

¡ La soledad en el campo, sintiendo la frescura del aire, la caricia del sol y el perfume de la tierra ! Y cuando la noche se anuncia, todos los rumores que preceden a la obscuridad, como si los átomos invisibles atrancaran todos a un tiempo las puertas de sus diminutos hogares...

Las estrellas me guiaban al volver ; volvía despacio, muy despacio, como si la Naturaleza dormida me retuviese con un arrullo manso y apacible...

A media noche, al llegar a casa, vi sobre la mesa unas hojas manuscritas... Eran los versos de muchos ilusos ; muchas letras, muchos nombres distintos y un solo pensamiento : el amor ; el amor de los que aman, el amor de los poetas inmortales falseado por sus imitadores. Bueno es que la juventud lea, estudie y admire ; pero es mejor aún que sienta y viva.

¡ Vivid, vivid, pobres criaturas ! Vivid ; y en el aire, y en el sol, y en el viento, y en la nieve, y en la Naturaleza toda, llena de perfumes y de

fecundidad, hallaréis la poesía, toda la poesía, todos los amores del poeta..

*
* *

He leído una carta que H., librero de Manila, escribe a J., editor de Madrid. No se vende nada español, ni obras de pasatiempo siquiera; sólo piden gramáticas y diccionarios ingleses. Todo el mundo estudia inglés; la única preocupación de aquella turba, su pesadilla, es hablar inglés; los profesores de idiomas andan tan solicitados como los médicos en tiempo de epidemia; no los dejan dormir; a todas horas piden sus auxilios centenares de pretendientes. Unos temas Ollendorff o un método Ahn se cotizan a precios fabulosos, y las gentes andan por las calles como locas, repitiéndose unos a otros en el idioma de Robinsón:

—¿Tiene usted mis zapatos?—No, señor; pero tengo una escama colosal.—¿Ha visto usted a la señora?—He visto un yanqui muy feo, con una estaca.

Me parece—y cuando todo el mundo vocifera sus opiniones redentoras no hay motivo para que yo calle la mía—, me parece que por aquí, en esta España de los ensueños de oro, deberíamos ir aprendiendo algo de inglés.

Con reposo y tiempo se hacen mejor las cosas, y sería muy oportuno crear unas cátedras de inglés en los Institutos provinciales. Así emplearíamos de una manera decorosa a los ingleses que tenemos, y acaso también lograríamos fama de previsores para el porvenir.

Tendría gracia que mi opinión hallase apoyo en cualquier personaje huero de los que van a la husma de ideas.

Y me viese yo, ¡pobre de mí!, sin comerlo ni beberlo, autor anónimo de una reforma novísima.

***

¿Quieres gobernar? ¿Ser ministro?

No me opongo. Llévanos a tu casa.

¿Tus hijos duermen aún? ¿Tu mujer no ha salido aún del tocador? ¡Y son las doce!

¿La cocinera no ha vuelto de la plaza? ¡Y almorzáis a la una!

¿Las doncellas hablan con los novios? ¡Y todo está revuelto y sucio!

Tu despacho es una leonera: libros deshojados, montones de papel en divanes y sillas; no hay donde sentarse.

Tus hijos trabajarán... ¿Eh? ¿Cuentan sólo para vivir con tus relaciones y tus economías?

Y tu mujer... ¡Ah! ¿Sólo se ocupa de sus lujos y de sus adoradores?

Pero tú consientes... ¡Cómo! ¿Que no sabes meterlos en cintura? ¿No sabes gobernar una familia y quieres gobernar un mundo?

Son como gorriones : a bandadas o uno a uno, bulliciosos y aturdidos o callados y prudentes, donde hay un grano de trigo acuden y se posan, ojo vivaz y siempre alerta. Si los espantan, huyen, y vuelven sin temer un escarmiento. En los mercados, junto a los cuarteles, asomándose a los tragaluces de las cocinas, en todas partes donde puede caer una migaja del banquete social, revolotean. Son como los gorriones : duermen al aire libre, y a veces el frío de la noche los mata.

Uno de tantos... Poco importa que tenga los ojos azules o negros, y negra o rubia la cabellera, que ande como las tortugas o corra como los lebreles... No hay motivo para dibujar su figura, cuando lo interesante ahora es la idea, la idea que germinó en un cerebro infantil : uno de tantos, miserable y desnudo como todos, hace algunos días tuvo el gallardo atrevimiento de subir a una escuela...

—Dios te socorra.

—No pido limosna... Quiero aprender.

—¿Qué dices?

—Lo tengo muy pensado, señor : quiero aprender.

Su decisión era irrevocable ; no hay nada en el mundo tan fuerte como un hombre decidido. El maestro lo comprendió así.

—¿Conoces las letras?

—No, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

—¿Cómo vives?

—No lo sé; por las noches me reúno con mi madre, que a veces lleva comida, y dormimos en los desmontes.

—¡Pobre criatura!

—Quiero aprender.

—Sí; no te faltará maestro. En la clase general no puedo admitirte, porque tu miseria, hijo mío, tus harapos, avergonzarían a mis alumnos; pero yo te daré lección a otras horas; ven por la mañana temprano, de seis a siete... y de noche a las ocho... Adiós, que la clase ya se alborota...

—¿Esta noche?

—Sí, angel mío; esta noche, si no tienes aguante. Adiós.

Y el pobre maestro besó la sucia frente de aquella miserable criatura.

No hay obstáculos en la tierra para la firme voluntad.

En dos semanas, el pobre niño aprendió a leer, y su maestro lloraba de alegría.

La madre acaso lo ignora, quizá no le interesa, tal vez supone, como sesudos filósofos, que la ilustración es un mal y el estudio una esclavitud. Lo cierto es que no ha comparecido; nadie la conoce todavía.

El generoso maestro ya no espera impaciente a su alumno favorito cada mañana y cada noche, y el pobre gorrión ya no anda por la calle desnudo, ya no duerme al raso.

El maestro le dijo hace pocos días:

—Oye, gorrión: soy muy pobre, casi tan pobre como tú; pero lo que haya lo partiré conti-

go. Mi ropa, mi comida, mi lecho... ¡y la Virgen de la Soledad nos ampare.

Nada valdría este relato si no fuese rigurosamente cierto.

¡Almas prudentes y generosas!

¡Que la Virgen de la Soledad os ampare!

*
* *

Leía en mi juventud los diarios independientes, ansioso de noticias.

Luego los de oposición para criar bilis.

Ahora los ministeriales, y soy feliz.

Completamente feliz. Todo marcha bien, todo el mundo está satisfecho y tranquilo.

¡Parece mentira! En menos de un mes.

Pero nada; no me atrevo a dudarlo.

Porque la Prensa lo asegura, proclamando la opinión de la gente sensata...

Y si yo no pensara como la gente sensata...

¡Imposible! Soy feliz...

Hasta hoy hubo libertad, es cierto, libertad... ¡sin garantías!

Ahora... nos ofrecen libertad garantizada. Como los relojes baratos.

No se confunde «la reacción de la libertad» con «la libertad de la reacción». Bien sencillamente lo dice un periódico.

¿Qué más apetecemos?

Lean, lean ustedes las periódicos ministeriales, y verán cómo tengo muchas razones para ser feliz.

*
* *

¡*Heraldo*! ¡*Correspondencia*!... Señorito, llévelo usted... para un pedazo de pan, que mi niña no ha comido aún.

—¡*Correspondencia!* ¡*Heraldo!*... Señorito, por caridad...

—¡*Heraldo!* ¡*Correspondencia!*... Señorito...

¡Qué horror!

Apena ver a Don José Canalejas y al marqués de Santana pidiendo limosna.

***

Los ministros renuncian sus haberes pasivos.

¡Oh! ¡Si las viudas imitaran su ejemplo!

¡Miren que son liosas las viudedades!

¡Cuántas bodas evitan!

¡Cuántos parásitos mantienen!

Un joven D. Juan, vagabundo irredimible, perseguidor incansable, ajustaba sus correrías amorosas a esta receta:

«¿Veo una mujer que me gusta? La sigo hasta su casa.

»Voy a la mía y busco en un libro de señas.

»Calle tal.... número tantos. ¿Hay una pensionista? ¡Insisto! Ella saldrá, ella caerá... Y nadie reclama. ¿El marido? Muerto. ¿El padre? Muerto. ¿Ella? El Estado la pensiona mientras conserve su libertad, y por agradecimiento ella procura ser libre.»

Me había levantado a las cinco de la mañana, y envuelto en un capote, sin lumbre, sin darme cuenta de las horas que pasaban, sin haber tomado ni una taza de té, angustioso, febril, procuraba fijar en el papel una idea rebelde. Acaso la obra, tenazmente perseguida, mostrase por su insignificancia inconcebible desproporción con la magnitud abrumadora del esfuerzo; pero yo luchaba con todas mis energías, como si de aquella lucha estéril dependiese mi triunfo.

Un hacinamiento de cuartillas, inútiles y rasgadas unas, llenas de tachaduras otras, alzábase frente a mí dando muestra de una tenacidad invencible.

—¿Puedes recibir una visita?

—¡Cómo! ¿A estas horas?

—Las once.

—¡Las once ya! ¡Pase quien sea!

Y entró en mi despacho un joven, casi niño, de poca estatura y desenvueltos modales.

Traía una tarjeta de Alejandro Sawa.

Sus ojos negros, brillantes y tranquilos, revelaban cierto reposo que no suele mostrar la indómita juventud; su frente orlada con descuido por la rizosa cabellera, no hacía presentir una imaginación fogosa.

—Soy amigo de Alejandro y deseaba conocer a usted.

—¿Tiene usted aficiones literarias?

—Es la literatura toda la ilusión de mi vida; un buen libro es mi goce mayor.

—¿Trae usted algún trabajo?...

—Nada, no traigo nada. Sólo quería conocer a usted. Leí sus obras y conozco a sus amigos.

—Es muy extraño ; un joven con sus aficiones que no aspire a la publicidad...

—Me gusta la conversación y la intensa lectura. ¡ Escribir ! ¿Para qué? Ya escriben los otros. Alguna vez, con muchas dificultades..., puliendo mucho, castigando el estilo...

—¿ Y la idea?...

—¿ Qué importa? No quiero la literatura que hace pensar y sentir ; yo repito cuarenta veces una frase bien equilibrada, elegante y cristalina...

—No aspira usted a producir un día novelas o dramas...

—¡ Qué horror ! ¡ Un drama ! No siento el drama ; la novela está muy lejos de mi vocación. Me gusta de vez en cuando ; me gusta, sobre todo, una de un amigo de usted, de uno a quien usted alaba mucho y justamente.

—¿ Pereda?

—Sí. Pereda ; su libro *Peñas Arriba* es un asombro, un alarde, un prodigio de forma... ¡ Oh ! Las peñas..., la nieve... Aquella nieve cubriéndolo todo... Es imposible hacer más.

—¿ Y de los nuevos?

—Algunas páginas de Valle-Inclán, deliciosas... Frías y esculturales...

—¿ El principio de la novelita que rotula *Epitalamio?*

—Sí, sí.

—Conocerá usted a los franceses, a los belgas, que trastornan la juventud : Verlaine, Maillarmé, Rimbau, Venhaeren...

—Sí, sí. Con una poesía de Maillarmé paso tres horas y sueño cuatro noches.

—¿Y Anatole France?

—No conozco más que una obra suya.

—Pues lea usted veinte volúmenes que France ha publicado; léalos usted poco a poco. Es un cultivador asombroso de la forma; nadie como él cristaliza su estilo. Y verá usted de qué modo siente y habla, de qué modo estudia y observa. Es un hombre completo, equilibrado, robusto. Ese no engaña, no debilita, no envilece. Ahora escribe una «Historia Contemporánea», una especie de «Comedia Humana» o de «Rougont-Macquart», donde pinta costumbres y figuras de su tiempo. ¡Claro! France usa otros recursos y trabaja de otra manera que Balzac y Zola; pero su talento, viril y fecundo, mejor puede compararse al de los dos fieros luchadores, que al de los infelices agotados que hacen máquinas de relojería sin alma ni sangre: modulaciones, ritmo, difíciles engranajes y movimiento uniforme: todo menos la pulsación de la vida humana. Podrá en el mundo haber ideas sin forma, pero no hay forma posible sin idea. Y a los que dicen lo contrario propóngales un solo ejemplo. ¿Contemplan una estatua hermosa? ¿Y admiran la forma pura? Pues dígales que admiren el molde hueco donde la estatua se fundió. La forma es la misma... ¡Pero falta el contenido!

—El pensamiento me abruma, me descompone; yo sólo busco en el arte cierta vaguedad apacible... Leo una página como bebería un vino generoso, como besaría la frente de mármol de una Venus. Y repito la misma lectura que acaricia mi oído como la vibrante nota de un vaso de finísimo y labrado cristal.

—Siento decirle a usted que por ese camino

los jóvenes llegan a la ciudad muerta en diez años ; a los veintiocho será usted imbécil.

Sonrió dulcemente, como el borracho a quien aconsejan el abandono de alcoholes mortíferos.

—Pero ¿es posible—dije—que no traiga usted siquiera unos versos?...

—¡Ah! ¡Versos!—Y sacó precipitadamente del bolsillo un abultado sobre—. Sí, versos..., versos deliciosos.

Revolvía con afán las hojas para escoger alguna ; luego leyó con voz emocionada...

—¿Le gustan a usted? Son composiciones de Rubén Darío. Yo las llevo siempre, siempre...

—Sí ; Rubén Darío es un alma de poeta. No tiene usted mal gusto. Pero yo quiero ver algo de lo que usted escribe...

—Los versos de Darío—proseguía como si no me atendiera—los encajo a la primera ocasión que se ofrece...

—Sí ; yo también los pongo sobre mi cabeza ; pero algo de usted...

Continuaba revolviendo las hojas.

—¿Algo mío?... Una cuartilla...

Era un fragmento, una página llena de música, de imágenes, de luz. Aquel niño sabía escribir sin duda.

—Pero esto ¿no empieza... no acaba?

—No lo sé... Cuatro noches luchando, un mes puliendo... ¡Imposible! ¡Imposible! No puedo escribir... ¡Admiro, y me basta!

Se despidió. Envuelto en un capote, sin lumbre, sin darme cuenta de que las horas pasaban, volví a luchar con la idea rebelde.

Y la noche me sorprendió, ansioso, triunfante, desarrollando al fin mi pensamiento al correr de la pluma...

¿SE PUEDE OPINAR?

(Con motivo del banquete a Baroja.)

25 Marzo 1902.

A continuación copio *lo que no dije* al llegar la hora de los discursos:

«Mi léxico es muy pobre, mi memoria muy débil. Escribo con dificultad, y no he hablado nunca en público. Poca luz podéis prometeros de mis palabras.

A pesar de que—habiendo contribuído a organizar los primeros banquetes a Dicenta y a Benavente—me propuse no asistir jamás en lo sucesivo a tan superficiales manifestaciones, hoy cedo a la invitación afectuosa de los organizadores de la fiesta, y no sólo me siento a comer con vosotros, sino que me levanto a brindar por primera vez en mi vida.

El caso es para mí excepcional. Considero a Pío Baroja como a un hermano de mucha menos edad, casi como a un hijo adoptivo; y en las horas de grandes tristezas o de grandes alegrías, estréchanse los lazos y se recuerdan los afectos. Yo soy *el viejo de la familia joven;* me despedí hace tiempo de la juventud, porque tengo mis ideas en este particular. A los treinta y cinco años, un ministro, un general, un académico, son jóvenes; un poeta, un pintor, un artista, un filósofo que hayan *influído* en la muchedumbre, que hayan dejado huella en el

pensamiento humano, son jóvenes también; pero el que lucha en filas, el que no rompió la envoltura que le obscurece, no es joven a esa edad.

¡La juventud! Creo en la juventud, y todo lo espero del montón anónimo donde se agitan los principiantes. No dudo que muchas poderosas semillas piérdense por caer muy profundas o porque los pájaros las devoran a flor de tierra.

Fué siempre mi gusto ayudar a la juventud, agrupar a los jóvenes, fortalecerlos y servirlos.

Antes del estreno de *Juan José*, cuando muchos consideraban fracasado al gran Dicenta, con él y otros más, constituímos un grupo. Después del éxito había un *joven* menos en la tertulia. Más tarde, Benavente—que también figuraba entre nosotros—llegó a la fama—bien merecida—. Y hubo en aquella juventud otro desertor.

El caso de Pío Baroja no es el mismo; pero él y otros que a la sombra de *Revista Nueva* intimaron y se dieron a conocer, *dejaron de ser jóvenes* allí para serlo después en otra parte. Cuando lleguen a la cumbre—y ojalá sea pronto—dejarán también de *ser jóvenes* definitivamente.

Y esto es natural, porque la juventud es la revolución, y no se puede ser toda la vida revolucionario. El pensamiento, como la materia, tiende al reposo, y el reposo, indispensable para producir maduramente, hasta cierto punto es la conservación.

Ser joven indica, en arte, vivir ignorado. Por esto la duración del período juvenil tiene alter-

nativas. Las generaciones intelecctuales se producen, por ejemplo, cada diez años, y la fuerza del hombre dura veinte o treinta años. De manera que la generación inmediata a un gran movimiento intelectual tiene una juventud larga; es decir, no vence jamás. En cambio, la siguiente halla fácil el triunfo; la brecha está iniciada y el combatiente fatigado. Se dice que después de una generación triunfadora viene otra raquítica, y no es verdad. Lo que ocurre, sin duda, es que después de una generación triunfadora la siguiente halla un obstáculo poderoso.

Hace treinta y tantos años que se fraguó la última revolución, origen del estado actual.

Muchos de aquellos hombres aun viven; hasta hoy conservaron el poder: la política, el periodismo, el teatro, todo era suyo. ¿Cómo luchar contra una fuerza—una verdadera fuerza—organizada, independiente, atrincherada? Por eso las generaciones del 80 y del 90 (cuento por decenas para mayor sencillez) ofrecieron poco fruto. No siendo peores que los hombres de la Revolución, llegaban a mala hora, y casi todos perecieron en la obscuridad.

Pudo salvarse alguno aisladamente, pero no pudo producirse un movimiento intelectual. No *hacía falta*. Y aun los que se salvaron demuestran lo que digo, porque no consiguieron todo lo que merecían. Cito un solo ejemplo: Mariano de Cávia. Mucho es, mucho se le quiere, mucho se le respeta. Pero ¿a qué no hubiera llegado apareciendo algunos años antes?

El movimiento intelectual de la revolución agoniza; de sus hombres, los que no han muerto han envejecido.

Los que ahora sois fuertes llegáis a tiempo. Y eso que, además de luchar con el pasado, habéis de luchar con vosotros mismos.

Los jóvenes ya no estiman a los jóvenes, los hombres ya no estiman a los hombres, la solidaridad humana se derrumba; y si bien las guerrillas resultaron la última palabra de la estrategia, no así la desbandada..

Sí. Ya no hay *escuelas*. El individuo aislado se impone; la sinceridad, base primera del arte, impone aislamiento, rebeldía, indisciplina. Pero así como es necesario aislarse, tener independencia para producir, es preciso unirse para que la producción de todos pueda ser conocida y respetada. Es una fórmula industrial de la que ya nadie prescinde.

Al aconsejaros la unión, *condeno toda clase de limitaciones, de grupos cerrados*. Veo con tristeza que la *juventud joven* carece de bondad suficiente, de amplitud y expansión para tener abierta su casa, no sólo a todos los vientos, sino a todos los caminantes.

Algunos jóvenes amalgamados proclaman: «Somos la juventud! ¡No hay más!» Y eso perturba. No. Vosotros tendréis el espíritu y los brazos abiertos; vosotros no limitaréis la esperanza ni el porvenir. Sed los abanderados, las avanzadas; pero dejad que se alisten cuantos lleguen con ánimo generoso.

Espero, pues, que la manifestación que hacemos en honor de Pío Baroja no dé lugar a una nueva despedida; espero que de aquí saldréis más unidos, más deseosos de aumentar con firmas nuevas la obra en que os esforzáis. Es de cobardes restar medios de lucha al enemigo, reunir excesivas ventajas para un combate des-

igual. Además, *los otros*, los ignorados y los ausentes, no son vuestros enemigos.

Yo, que os di a conocer y a estimar los unos a los otros, que os conozco bien y os estimo de veras, puedo hablaros así. *No cerréis a ninguno la puerta ni seais desertores cuando el triunfo llegue.* Somos demasiados, verdad es; pero los fuertes, por desgracia, son pocos. Al hacer la selección deben guiarnos una sinceridad y un desinterés absolutos.

Yo sé por experiencia cuánto satisface juzgar bien. Yo, que leí las primeras cuartillas de Pío Baroja, que le animé, que acaso contribuí a su formación; que le puse la pluma en la mano cuando ya no quería escribir, herido por la indiferencia; que os lo presenté a todos, a despecho de algunos: yo sé cuánto satisface juzgar bien, tener abiertos el corazón y el espíritu a todo lo que vive, a todo lo que vibra y a todo lo que nos trae una voz nueva, un rayo de luz.

Me diréis que la ingratitud amenaza siempre. ¿Quién piensa en eso? ¿Quién de vosotros ignora que un favor *se paga* siendo fecundo, no con ser agradecido?

Además, la murmuración, la femenil murmuración es la que inventa ingratitudes.

En este caso particular hallo el mejor ejemplo. Un diario, *La Publicidad*, de Barcelona, dijo que Baroja en «Silvestre Paradox» *retrataba* la redacción de *Revista Nueva*. Decir que la retrataba en el antro de «Lumen» era un insulto. Lo desprecié, suponiendo que no hubo semejante intención. Y ¿sabéis por qué lo supuse? Porque yo había insistido antes que nadie con Baroja para que planeara y escribiera la novela; porque me había honrado convirtiendo en un

capítulo de su obra unos apuntes que le confié. ¡Ya veis el caso que puede hacerse de las murmuraciones irónicas!

Por esto, al brindar por él y por todos los que salgan del montón anónimo, gracias a él, a vosotros y a mí, os deseo muy de veras *que seais fuertes* y, sobre todo, *que seais buenos.*»

No puedo suponer el efecto que hubiera causado este discurso; probablemente hubiera caído mal, porque *la juventud* no se preocupa de sentimentalismos ni admite filípicas.

No dije a los comensales del banquete lo que pensaba decirles y hablo a mis lectores de lo que no creía oportuno hablarles.

Ya sólo falta que me haya equivocado en ambas cosas: en callárselo a ellos y en decírselo a ustedes... ¡Oh santa oportunidad!

No pude remediarlo; recordé cariñosamente a los *viejos* que se reúnen para comer en el Inglés, en Fornos o en Lardy. Además, en el «*famoso* MESÓN y PARADOR *llamado* DE BARCELONA» faltaba todo: el buen servicio y el gusto de la época...

Porque debo advertir que nos hallábamos en pleno siglo XVI. Una manera simbólica de borrar, no ya una generación, sino toda una literatura, desde Mateo Alemán y Timoneda (no me decido a nombrar a Cervantes y a Quevedo, ¡esos congrios!) hasta nuestras horas o nuestros momentos. (No digo «nuestros días» temiendo que se asocie algún antepasado mártir de ayer.)

Nos hallábamos en pleno siglo XVI. Y, a propósito, ¿imprimíanse por aquella época los documentos en vil papel de estraza? Basta de pe-

queñeces. Volviendo a mano diestra (no «derecha») entramos en el mesón cincuenta y tantas personas y nos pusimos a comer hacinados en un lugar insuficiente para veinticinco. Había en la mesa copas ordinarias y jarritas para el vino, ¡qué monería!, tenedores de boj y otros de blanco metal (seamos antiguos) que no se mudaban de plato a plato, usándose para el arroz, la merluza ¡y el cordero. Servían dos mozos, uno con la gorra calada y el cigarro detrás de la oreja, y... ¿para qué más detalles? El mesonero hizo cuanto supo, y no guisó mal; no tuvo la culpa, y es digno de consideración. Pero ¿quién dispuso que allí se diese la comida y, más aun, quién escribió que fuera «deleitosa y apacible» celebrada en un mesón donde «toda incomodidad tiene su asiento»? Los que no tuvieron su asiento, porque no los hubo para todos, hallaron en la cocina un refugio «apacible y deleitoso».

Pero como no íbamos a comer (lo de siempre: le cobran a uno para un banquete, le privan de comer en su casa, como acostumbra, a su hora, y luego le dicen que no era el objeto comer, sino reunirse para tal ¡y tal), como íbamos a festejar a un autor *joven*, no insistiremos en el servicio. Adelante.

Allí estaban, *tenidos por viejos*, Ortega Munilla, Galdós y Cávia, y alternando con la juventud el insigne, ilustre y nunca bastante alabado Silverio Lanza.

Y pregunto:

Si en 1879 publicó *La Cigarra* Ortega Munilla y en 1882 publicó *El Año triste* Silverio Lanza, ¿por qué resulta viejo el director de *El Imparcial* y joven el independiente Amorós?

Si la juventud y la vejez son cosas de fechas,

he dicho bastante; y si ahondando en *críticas*, la clasificación obedece a cierto espíritu juvenil, había que ofrecerle una plaza de *joven* a D. Juan Valera.

Pero no consiste sin duda en esto, no; los jóvenes que se festejaban son espíritus viejos, enfermizos, desconsolados; ni siquiera tienen ironía. Su voz es lamentable.

«No hay nada: propongámonos crear algo», dijo Martínez Ruiz.

«¡La vida es triste», clamó Pío Baroja.

Martínez Ruiz, en su manifiesto a la Juventud, enterraba todo el pasado.

Pío Baroja en su discurso ponía de cuerpo presente al porvenir, negándole toda energía y toda esperanza. .

Si aquello dura, nos corrompemos; el deleitoso y apacible festín era un funeral.

Yo no soy exclusivista; me parece bien que los antropófagos del arte y de las letras coman carne humana; pero que la coman con alegría.

Silverio Lanza dijo unas verdades... Los hombres de las novelas de Baroja no *sienten* a la mujer, no se preocupan de la mujer. Una literatura sin mujer es un monstruo que no interesa.

Con un gracejo inimitable, provocando las risas y alegrando los corazones, Amorós hizo gala de su juventud intelectual y supo diferenciarse de aquellas vejeces prematuras.

Ortega Munilla se limitó a ser irónico. «Nos entierran ustedes cariñosamente.»

«No, no; eso no», protestemos todos.

Luego, ¿qué representaban las frases del Manifiesto dirigidas a los ilustres *vejestorios* (¡!) que nos acompañaban?

A Ortega Munilla debió parecerle un sueño tanta... candidez.

Mariano de Cávia estuvo sublime, diciendo: «El presente se halla preñado del porvenir. No me siento comadrón...»

Y brindó por el pasado, por el padre de Baroja.

El cual sólo pudo responder: «¡Viva el año 40!»

Los muertos enterraron a los enterradores...

Porque no basta decir las cosas, no basta decir a los hombres «habéis muerto», para que lo crean.

Y no basta decir «¡Viviremos!»

Hay que vivir, hay que mostrar energía, hay que vencer.

Y ¿cómo se vive, cómo se lucha, cómo se vence con ese programa?

«¡El mundo es un desierto!» «¡La vida es triste!»

Vuestro mundo, sí, es un desierto; vuestra vida, sí, es triste.

Habláis de la juventud, del mundo, de la vida como si los tuvierais en la mano; y lejos de vosotros, ajeno a vosotros, alienta el espíritu creador.

Tomasteis el nombre de la juventud, y no sabéis dónde se halla, porque ni está en vuestro corazón marchito, ni en vuestro pensamiento brumoso, ni en vuestras obras.

Y si la verdadera juventud os oye, será posible que responda: «La vida no es triste para los que tienen sano el pensamiento y el corazón; el mundo no es un campo estéril para los que saben estimar al hombre. ¿Por qué nos alucináis con vuestros delirios enfermos?»

En aquellas mesas de la posada vi muchos jóvenes, muchos jóvenes que viven, que aman, que luchan y esperan. ¿Por qué no protestaron de vuestras palabras?

¿Ignoran que la vida no es triste y que no es un desierto el mundo?

Si lo ignoran aún ¡qué miseria perturbar sus vírgenes imaginaciones!

Oyeron decir: «No hay nada en el mundo». «La vida es triste», y pensaron tal vez:

—«Al salir del antro, hallaremos luz y amor.»

Porque la *juventud joven*, la que ha de crear algo, no deja olvidadas las mujeres, como el personaje de Baroja.

La *juventud joven* grita con el poeta:

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas.
Un sol de fuego iluminando el día,
aire de aroma, flores apiñadas.

El amor es el encanto eterno de la juventud; y los jóvenes que se abstienen, que se masturban o que desean voluptuosidades monstruosas, ni pertenecieron jamás a la juventud ni tienen bastante fibra para fecundizar con su pensamiento el pensamiento humano.

Y después de todo, ¿qué se dijo allí? ¿Quiénes hablaron? La enumeración es muy conveniente.

José Martínez Ruiz. Un estudiantón paciente y obstinado; el futuro académico, el futuro catedrático; diríamos el futuro gobernante si tuviese audacia como tiene voluntad. Profesa como virtudes el aislamiento y la abstinencia. Su moral se ajusta siempre a su deseo.

Pío Baroja. Un desequilibrado con mucho talento: una máquina perfecta muy bien construída, pero que no tiene un motor poderoso; le faltan impulso y firmeza; como los ciclistas noveles, en vez de guiar su vehículo es arrastrado por él; cuando aprieta un pedal, se tuerce; cuando aprieta el guía, se para: es muy observador, pero le devora el mal solitario.

Ramiro Maeztu. El hombre de presa, el de todos los países y de todos los tiempos; la vida le sonríe y el amor le atrae. Un esclavo del triunfo, de la mujer, de la paradoja. En el año 30 hubiera sido romántico; se presentó con la carátula de Nietzsche, y será... lo que sea, pero *algo*. Y por mucho que logre no ha de parecerme inmerecido.

Creo que si hubieran hablado los *verdaderos jóvenes*, de todos formaríamos favorable opinión. Decir que la juventud no cristaliza, que es amorfa... ¡Ah!... ¡Una infamia!...

Sí; hay jóvenes tristes, hay jóvenes enfermos, hay jóvenes que no son jóvenes; pero la juventud no es triste ni enferma, porque no sería entonces juventud.

La juventud ríe, y estudia, y goza, y sufre y ama, ¡todo a la vez! La juventud es la explosión de la vida, y al marchitarse halla reposo en la gloria, en las admiraciones de los humildes, en el respeto de los fuertes. Recuerda sus angustias y, aliviando a los que padecen, mejora su alma.

Si dijéramos todos: «Que sufra el que me sigue, como yo he sufrido», sería inútil nuestro sufrimiento, y debemos procurar que toda nuestra vida sea fecunda.

Pero así como juzgo deber ineludible de los

elegidos prestar apoyo, juzgo deber ineludible de los ignorados que sientan respeto. Deber ineludible, por su propia dignidad, por su propia conveniencia. Los ignorados hoy serán mañana los elegidos, como éstos eran los ignorados ayer, y todos venimos obligados a trabajar para todos, porque la obra es grande, y ninguno la empieza ni la termina; todos aportan su haz, todos enlazan su esfuerzo, como eslabones de la cadena que oprime al Universo y le hará esclavo un día de la obstinación del hombre.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IV.—(1905)

VANOS CONSEJOS

A veces, la racha es bélica ; otras veces, artística, filosófica o democrática. No me hablen ahora de naciones, de artes, de sistemas filosóficos ni políticos ; nos hallamos en plena racha industrial.

Y, naturalmente, se lo decimos a *la juventud* ; es nuestro sistema : decírselo todo a la juventud. ¡Oh, jóvenes! La experiencia os habla y os dice que *la literatura* es cosa funesta y desapacible... cuando ha empezado a ser un oficio como cualquiera otro, cuando muchos hombres viven holgadamente del periodismo, del teatro y hasta de la novela. Pero no se trata de la profesión culta y modesta como las demás ; lo que se combate aquí es el afán de gloria y provecho, la ilusión continuamente fallida.

No es preciso ahondar mucho para descubrir que la ilusión espléndida no es patrimonio exclusivo de los versificadores. Un cadete sueña entorchados ; un estudiante sueña fortunas o triunfos gloriosos. Y si no son muchos los poetas de cada siglo, tampoco son legión los caudillos y los hombres de ciencia.

Nunca se les dijo a los jóvenes *que poeticen*; al contrario, siempre la experiencia o la ignorancia los apartaron obstinadamente de las bellas artes. Pero ahora es cuando menos oportuno parece advertirles un peligro, del que se apartan voluntariamente con horror, cayendo en otro.

Sí; hay muchos jóvenes pálidos, tristes, que manejan libros y emborronan cuartillas fustigados por la zozobra de un porvenir inseguro. Pero hay otros rebosantes de fe y entusiasmo; esos van derechos; la verdadera juventud, la energía los impulsa, y si no aciertan a convencer, acertarán, por lo menos, a vivir.

¡Vivir!, sea como sea; pero ¡vivir! La vida es algo más grande y misteriosa que un pesebre con el pienso asegurado.

Por su desdicha, el mayor mal que a los jóvenes aqueja es la falta de ideales. *Ven claro* que no lucran la poesía y las artes, que las otras profesionales tampoco enriquecen; desmayan, y piensan desde pequeños en una buena boda, en un bienestar lujoso, improvisado por cualquier medio.

Esa es la carcoma de la juventud, no la poesía ni la literatura. Empobrece los tiempos actuales una indigestión de prosa, de rudimentario positivismo.

«¡Dinero! ¡Hay que tener dinero! ¡Sin dinero no se consigue nada! Parece que los hombres de otras épocas vivían del aire; que la vanidad no hizo nunca estragos; que literatura, historia y leyenda no pregonan el poder inquebrantable del oro. Con oro se vencen las virtudes y se adornan los altares; el oro es héroe y dios; pero mientras los hambrones, los codiciosos, los avaros, los miserables, vencen y se dejan vencer con

oro, los hombres más fuertes, los más cultos, los más gallardos, luchan con otras armas y desprecian el interés contante y sonante, la previsión desmedida, entre cuyos cálculos el hombre se acobarda, la mujer se prostituye, los hijos nacen fatigados como viejos.

Decimos que si no hubiera tantos mixtificadores de ideal habría menos vagabundos; pero, aparte de que la cifra mayor de mixtificaciones debe figurar en la cuenta de *vulgarización sociológica*, restándose a los *delirios poéticos*, hay millares de mozos con su carrera terminada que se roen los codos y millones de obreros que se mueren de hambre. ¿Qué adelantaríamos aumentando el número?

De los mixtificadores de ideal, de los mozos que *pierden el tiempo* delirando, ha salido mucho bueno. Como nadie, sienten la alegría de vivir, y si no la conservan, la comunican; son, además, el ambiente donde se incuba el genio. La ocasión de sus desdichas fué un goce humano; su esfuerzo infructuoso realizó la obra maestra.

No les digáis a los jóvenes que poeticen; pero tampoco les digáis que sean ingenieros o contratistas para fabricar tantos cachivaches inútiles que nadie compra, y si alguien los compra no sabe dónde ponerlos. Porque, a decir verdad, las modernas industrias producen muchos más ripios que las viejas poesías. ¡Cuidado si se inventan cosas inútiles!

El problema no está en que los jóvenes dejen de hacer versos—lo cual es muy semejante a construír carteras, relojes o pisapapeles—; el problema está en producir lo necesario.

Porque la industria progresa; pero no produ-

ce los elementos indispensables para la vida. *Colonizando*, conseguimos arrancar a pobres gentes un costal de trigo a cambio de un sombrero de copa. Eso es *correr* o traspasar el hambre; no evitarla. Es posible que lleguemos a producir un frasco de perfume por cada lechuga y un par de guantes por cada espiga; pero ¿de qué sirve, si los desheredados carecen de pan y de aceite para una ensalada?

Un fiero *positivismo* (ripioso y risible como una mala quintilla) nos invade. Hasta los revisteros de teatros, que antes hablaban sólo de obras y actores, discurren acerca de los rendimientos, de los trimestres de los autores, de las ganancias de las empresas.

No les digáis a los jóvenes que poeticen; y lo más oportuno sería que no les dijerais nada.

No les digáis nada; entre otras razones, porque todo lo que les digáis ha de ser inútil.

Afortunadamente, la juventud que avanza no atiende a los consejos de la experiencia.

¿Qué sería la sociedad si en vez de confiarse a sus impulsos, a su propia energía, se hubiera guiado por la experiencia?

¿Qué hubiera sido entonces, cómo se formara la experiencia? Decidme: ¿habría experiencia?

HERALDO DE MADRID, 12 Febrero 905.

DENTRO DE DIEZ AÑOS...

Señor D. José Rocamora.

Mi estimado amigo: Cuando Ramiro de Maeztu dió fin a su vibrante y cálida peroración, correspondiendo espléndidamente a nuestro humilde homenaje, si lo consintiera mi poquedad yo me hubiera levantado para decir:

—Hace doce años que Manolo Bueno me presentó a otro ilustre ignorado, cuya figura británica, voz candente y razonar altivo me inspiraron mucha curiosidad. Sus ojos eran más de un vidente que de un dominador; más dulce que irónica la sonrisa de sus labios; unía sus puños apretados sobre el esternón, como si quisiera ocultar sus garras; pero su gesto y su ademán, que podían parecer jesuíticos, eran sólo austeros; un descompasado andar, azotando sus corvas con los faldones de un largo *chaquet*, le caracterizaba de ingenuo y bondadoso.

Luego escribió en mi *Revista Nueva* con todos los de la generación que allí se revelaba: más tarde recreó mis oídos y mi inteligencia leyéndome unas deliciosas cuartillas de un libro acerca de Cervantes y el *Quijote*; nos despedimos cenando y fantaseando cada cual su porvenir, y no le volví a ver. Al abrazarle, después de seis años de ausencia, me ha dicho que no arrai-

gaba todavía entre nosotros, que su propósito era vivir largo tiempo en Alemania «para completar su educación».

Acabo de oir sus frases que, más que un discurso, me parecen una sonata de ideas; pocas veces habrá logrado un orador ser tan preciso, tan claro, tan breve, tan intenso, tan ardiente y oportuno; pero toda la melodía fascinadora se trunca en su promesa: «dentro de diez años»... La intelectualidad española necesita diez años para robustecerse y serenarse, para empuñar el timón con mano firme y espíritu seguro. Y esta promesa me hace recordar que hace diez años precisamente les dije a los jóvenes ansiosos de un ideal nuevo y brillante:

«Os deseo *que seais fuertes*, y aunque la palabra resulte anticuada, *que seais buenos*.»

Entonces, como en pleno romanticismo, estaba en moda la perversidad literaria. Mucho vale para los hombres la sabiduría; pero ¿no es prenda más codiciable y fecunda la bondad? El nuevo catedrático de Metafísica, esperanza y gloria de la juventud, esboza la figura de Maeztu, «inteligencia y corazón»; tanto corazón, que por sentimentalismo se despeña en la paradoja. Corazón, bondad, eso es lo que necesitamos; ya sé que la filosofía puede hacer hombres austeros; pero más que la disciplina filosófica es austero el terruño castellano; la mejor filosofía es la que brota del corazón.

Y esto es lo que yo quisiera inculcaros, porque os aseguro, en verdad, que nada le debe a su expatriación voluntaria el hombre a quien festejamos; vuelve como se fué, bueno, generoso, vidente. Acaso entre vosotros nadie sepa que al irse renunció a una herencia cuantiosa,

y ahora quiere alejarse de nuevo desdeñando una posición política y social. Convencedle para que no se vaya. Decidle que *los otros* no esperan, que la ira y el hambre no necesitan diez años para romper el yugo.

Al proletario, inducido al crimen social por los radicales bulliciosos, y a la mansedumbre por los jesuítas que acaparan fábricas y talleres, evangelizando un socialismo oportunista, le urge una solución y no puede aguardarla durante diez años. Un momento de clarividencia educa más a los hombres fuertes y los prepara mejor que diez años de meditaciones y estudios; decidle que ha sonado ya la hora suprema y que os halláis dispuestos, como sacerdotes de una religión de concordia y austeridad, a mantener y propagar desde este instante el fuego que ha encendido en nuestros corazones su palabra.

HERALDO DE MADRID, 12 Diciembre 1910.

A RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Sazonando el afecto que sin duda me profesa con un calificativo indudablemente irónico, me llama usted «profesor de energía», no habiéndome sido nunca posible inculcarla ni practicarla por carecer de ella. Mi físico es una contradicción, porque mi cráneo y mi osamenta son desmentidos por mis músculos y mis nervios; mi carácter es tan contradictorio como el físico, y mi moral poco menos que mi carácter. En estas condiciones, profese usted la energía; gaste lo que no tiene y nadie le da; fabrique muchos caballos de fuerza con una gigantesca maquinaria y escaso carbón. No llegué al caso extremo de gritar la frase callejera «¡Se acabó el carbón!», pero no puedo echar mucha lumbre.

Mas que «profesor», he sido «revelador» de energías; no he profesado ciencia ni arte de consideración; ejercí una especie de «arte mágica», con más raíces en el buen deseo que fundamentos en la sabiduría; y ciertamente, no hizo falta en mis tiempos mucha naturaleza de zahorí, porque ocupadas todas las inteligencias en descubrir minas y negocios y absortas las voluntades en el teje maneje político liberal-conservador, que aun dura, ¡y parece mentira!, creían suficientes para gloria de las letras las figuras que nos legara la Revolución, hasta el punto de que,

sin la ingerencia de algún curioso, es posible que debutáramos en el siglo XX con el mismo personal que floreció en el último tercio del XIX.

Pero no divaguemos, y voy a satisfacer su curiosidad sobre aquellos jóvenes, anotando algunos recuerdos personales de Pío Baroja.

Hace veinte años que le conocí, cuando estudiaba con mi hermano el preparatorio de Medicina. Su cortedad era mucho mayor que ahora; su sonrisa de conejo, la misma de siempre. No sé cómo descubrí sus aficiones literarias ni a pretexto de que un día estuve a verle. Sí; ya recuerdo. Mi hermano se permitió no retirarse una tarde a la hora que solía; se impacientaron mis padres y fuí a ver si estaba en casa de Baroja.

Me hicieron pasar al comedor, en donde los tres hijos—además de Ricardo, tuvo Pío un hermano que se murió joven y se llamaba Darío; le creían el más capaz de todos, y tal vez aun le lloran—con el padre, tirando fieramente de una cajetilla entre una verdadera nube de humo, hablaban, razonaban, discutían; además del tabaco pestilente, respirábase allí una fraternidad encantadora. El padre y los hijos fundíanse, alejados en absoluto de todo, en un solo pensamiento, en un solo corazón. Yo, acostumbrado a la soledad espaciosa de mi estancia y al oxígeno de una perfecta ventilación, me hubiera muerto en aquel ambiente; pero sentí la simpatía de los afectos que allí reinaban.

Poco tiempo después me llevó Pío un *Liberal* que insertaba, firmada por él, una necrología de un famoso autor de novelas patibularias. Eran sus lecturas favoritas; como yo des-

conocía en absoluto el género, ni le pude contradecir ni pude alabarle tampoco el gusto.

Yo era entonces crítico de teatro en *El Resumen*, y es posible que habláramos algunas veces de comedias, porque yo, como Jesús, gusté siempre de comunicarme con los niños y con los humildes, además de las Magdalenas.

Mis padres y mi hermano se fueron de Madrid ; mi vida y mi trato social eran tan lejanos de las costumbres y preocupaciones de los Baroja, que no volví a verlos. Pasaron años ; encontré a Pío doctorado ya ; se fué de médico rural a las Provincias ; recibí algunos números de un periódico de San Sebastián, con artículos firmados por él. Volvió a Madrid ; escribió en *Germinal*, entre Dicenta, Delórme y otros jóvenes talludos y exaltados, una preciosa novelita, pero nadie «le descubrió». Heredaron la Panadería de las Descalzas, y consagróse a la contabilidad en el establecimiento.

Al fundar yo la *Revista Nueva*, fuí a buscarle al tabuco donde pasaba las horas tomando las cuentas a los repartidores y empaquetando calderilla. La Ciencia y el Arte le habían engañado ; le sorprendió mi proposisión. ¿Para qué volver a escribir? Nadie se fijaba. Insté, alenté, convencí. Los primeros números de la *Revista* contienen sus más primorosos trabajos.

Entonces nos veíamos diariamente, si no en mi casa, en la suya. Vivían sobre la tienda, y en los desvanes habían establecido un taller curioso : Ricardo, con su carrera de Archivero y sus aficiones a la pintura, se consagraba por completo a la fabricación de un tren que andaría con vapor, y creo que a una lancha eléctrica. En compañía con su inseparable amigo el ingenioso

Riudabets, afanábase por convertir en realidad aquel propósito. Pío no trabajaba, sonreía con su risa de conejo. Solíamos dejar a los artífices enfrascados en su obra y nos íbamos a pasear.

Nos comunicábamos nuestros proyectos. Impresionado por el ambiente original de su casona, lúgubre y fantástatica desde las anchuras tenebrosas del portalón hasta los encogimientos de las buhardillas, quise convencerle de que trazara sobre aquel escenario una graciosa novela. ¿Personajes? Ellos mismos. ¿No era una figura novelesca D. Serafín, ilustrado ingeniero de Minas, que había escrito, entre otras muchas cosas de chiste, una zarzuela en veinte actos? La triste figura de la madre, recordando con su palidez y su forzada sonrisa la memoria del eterno ausente, del hijo muerto; la niña juguetona y vivaracha, crecida entre un cúmulo de chifladuras como una flor entre ruinas, ¿eran o no elementos artísticos? Y, no se hable de los constructores de trenes blindados y de transatlánticos, de los panaderos que gemían por la noche como seres martirizados, amasando el pan de Viena, y del propio autor, que podía ironizarse lindamente...

Pero él no se decidía.

En mi casa charlábamos, corregíamos las pruebas, comenzábamos una traducción; todo en confianza, en familia, con el afecto de las personas que tienen más ternuras que intereses comunes. Era en verano, y por las tardes preparábamos un sorbete. Mi mujer había hecho la crema; yo la helaba; para esto salíamos a un largo pasillo con tres alegres ventanas, donde también tirábamos a la pistola con frecuencia. Mi mujer me argumentaba: «Me parece

que abusas de la confianza ; no debe gustarle a Baroja estar aquí en estos menesteres y en el pasillo.» «En su casa estamos en el sotabanco—la respondía yo— ; además, ya sabes que le trato como a un hermanito.»

Por eso precisamente, porque le trataba como a un hermanito, al formularse una cuestión inesperada y trivial en la *Revista*, por no perder la colaboración de un escritor a quien estimábamos, le dije :

—Tal vez no ha reparado usted siquiera en que puse la lista de redactores en la cuarta plana de cubierta, por orden alfabético. Creí librarme con esto de resquemores y quejumbres ; pero ¡cuán equivocado estaba yo al suponerlo ! Como el apellido Baroja es tan afortunado, que tiene las dos primeras letras del alfabeto en su primera sílaba, usted, el más joven y el más nuevo, y el que más curiosidad inspira, tiene que ir a la cabeza ; y esto ha molestado a un señor (entonces le nombré, pero ahora no lo considero preciso), que me ha reprendido cariñosamente la facilidad con que yo doy cartel y aumentos a los novatos. Para tranquilizarle, suprimiré la desdichada lista ; pero usted comprende que yo seguiré poniendo en preferente lugar los trabajos que usted me traiga. No sólo me obliga el señor de la queja formulada, sino las ironías de otro y un dejo de hostilidad contra usted que se generaliza, precisamente porque sus obras hacen mella. Trabaje, insista, y su talento responderá de todo.

Verdaderamente, como si toda la simpatía que le reservara el mundo a él hubiera querido acapararla yo en la predilección que me inspiraba, lo cierto es que los demás no le tuvieron al

principio ninguna. Estando él presente, yo le hacía objeto de mis distinciones, y en su ausencia le defendía contra los reparos que se pusieran a su trabajo y a su carácter. Por todo lo cual me sorprendió la carta que recibí a los pocos días de mi confianza y de haberme prometido él que seguiría escribiendo con más afán que nunca. En esa carta, y entre protestas de amistad y de agradecimiento, me decía que se retiraba de la redacción porque le violentaban mucho aquellos menudos contratiempos; pero que aun cuando no escribiera más para la Revista, «particularmente» podía yo contar con él para todo.

Parecióme tan inoportuna su resolución, que rompí la carta y no la contesté. Mis atenciones y mi afán de sostenerle, alentarle y lucirle, no podían considerarse bien pagados con aquel «particularmente lo que usted quiera». Yo había reñido batallas por él, y él estaba en la obligación de seguir luchando a mi lado.

Convirtióse de pronto en un «fiero» enemigo; escribiendo la novela que yo le aconsejaba, no desdeñó aprovechar algunas oportunidades de mi cosecha, y en venganza y pago del bien que le hice me satirizó en uno de sus personajes más desgraciados y canallescos.

Como yo tengo firmeza en mis convicciones, a pesar de todo seguí estimándole y leyéndole. ¿Qué somos él ni yo ni otros más nobles o más ruines, para torcer los destinos? Por mucho que mordiera él, por mucho que blasfemara yo, ¿disminuirían o aumentarían mi honradez, mi generosidad y su arte, su gracia?

Le perdoné aquella villanía, por referirse a mi persona, de la cual tampoco tengo yo mucha es-

timación ; y a los dos años, cuando le dieron un banquete, su editor, Bernardo Rodríguez Serra, vino a invitarme. Martínez Ruiz me rogó también que asistiese, porque, según ellos, no podía faltar el hermano mayor de la nueva familia literaria. Fuí. Pero como en aquel acto, «cometido» en un mesón donde toda incomodidad tuvo asiento, se formularon afirmaciones impertinentes para toda la literatura española, pasada y por venir. Ya no pude condescender como cuando sólo era mi persona humilde la que soportaba los ataques, y lancé contra la osada turba de advenedizos un «discurso» que les dolió de veras. Al final de aquel «discurso» los amonesté :

«Al brindar por Baroja y por todos los que salgan del montón anónimo gracias a él, a vosotros y a mí, os deseo muy de veras *que seais fuertes* ; y, aunque la palabra resulte «antigua», *que seais buenos.*»

A continuación iba la reseña del banquete. Pío había dicho aquella noche y en plena gloria : «¡ La vida es triste !» ; y Martínez Ruiz afirmó : «No hay nada ; propongámonos crear algo.» Silverio Lanza, con su gracejo habitual, dijo que los hombres de las novelas de Baroja no sienten a la mujer, no se preocupan de la mujer, y una literatura sin feminidad es un monstruo que no interesa.

Mariano de Cavia estuvo sublime, diciendo : «El presente se halla preñado del porvenir ; no me siento comadrón» ; y brindó por D. Serafín Baroja. El cual sólo pudo responder : «¡ Viva el año cuarenta !»

Mis comentarios, insertos en una revistilla que tal vez sólo ellos leerían, les indignaron, tradu-

ciéndose, por lo visto, en tres o cuatro diatribas contra mí, de las cuales nada he sabido hasta pocos días ha. Paseando con mi hermano por la Moncloa, y hablándole yo de Pío con el afecto y la estimación literaria que siempre me inspiró, le oí decir que me suponía muy amargado con él por los artículos... Y tuve la primera noticia.

¡Qué lejos han quedado las miserias! Aquella generación, que luchaba por salir, ahora lucha por arraigarse; la empuja poderosamente otra generación más culta, más fortalecida, mejor preparada. Los jóvenes viejos han llegado a convencerse de que importa mucho que haya cierta estabilidad; se agarran y se indignan, como aquellos a quienes empujábamos creyéndolos ya inútiles. Y hoy, como ayer y mañana si vivo, repetiré lo que un día escribí: «Los ignorados hoy serán mañana los elegidos, como éstos eran los ignorados ayer, y todos laboraremos para todos, porque la obra es grande y ninguno la empieza ni la termina; todos aportan su haz, todos enlazan su esfuezo, como eslabones de la cadena que oprime al Universo, y le hará esclavo de la obstinación del hombre.»

¿No es una dulzura de la vejez poder copiar lo que se pensó en la juventud y que no resulte una tontería?

Hay hombres que se imponen al medio en que viven y lo modifican; otros que son hechura de las circunstancias. Baroja se presentó concejal en las últimas elecciones, y supongo que se presentará en las venideras de diputados. Hoy comienza la publicación de *El Radical*, y engalana su folletín con el nuevo libro de Baroja. Me agrada verle decidido y franco, acogiéndose a un ideal. Su tristeza y su agobio, carne de su car-

ne, tal vez se conviertan en actitudes viriles ante las tristes y agobiadas lamentaciones de los miserables. Tal vez su opaca sonrisa de conejo, amasijo de burla y timidez, se convierta en ruidosa carcajada que haga temblar a los reyes en los tronos, barriendo las inveteradas costumbres y los cachivaches de antaño.

PROMETEO; Julio de 1910.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

V.—(1910)

LAS PIPAS DEL TIO QUIM

Mi cuarto bisabuelo, notario titular, contrajo segundas nupcias. Valíanle ya para el manejo de su casa dos hijas mozas que le quedaron del primer matrimonio, pero su temperamento le reclamaba otra compañía, y la buscó en una señora de pocas luces y mucha belleza, que yo he conocido aún alelada y paralítica en sus noventa, luciendo un cutis blanco y transparente como pétalos de azahar. Por aquella señora entroncó la rama cuarta de mi ascendencia con una familia de sencillez interesante; no la hubiese desdeñado seguramente Balzac, y sus individuos figurarían entre los personajes de *La comedia humana*, si el ciclópeo novelista los conociera, traspasando alguna vez el Pirineo por la parte de Cataluña; y no precisaba que se internase mucho, porque mi pueblo, el pueblo de aquellas buenas gentes, hállase a la «raya de Francia».

Mi postiza y quinta bisabuela tenía una hermana casada y un hermano soltero: el *tío Quim*.

Cuando yo los conocí a todos en mi primera edad, el *tío Quim* era un hombre como de cuarenta y cinco años—un viejo le consideraba yo entonces—, de buena estatura, proporcionado

en su cuerpo y en sus facciones, con labios carnosos y risueños, ojos azules y místicos, barba entrecana, pelo rubio y rizado. Le recuerdo siempre con la pipa en la boca. No se le conocía oficio ni beneficio, viviendo a expensas de su segunda hermana, cuyo marido, antiguo escribiente del bisabuelo, que había heredado la notaría desempeñándola con absoluta competencia, era rechoncho, tranquilo y callado ; no recuerdo haber oído nunca el metal de su voz, pero aseguraría que no fué mudo. La notaria, seca y sarmentosa, tenía, en cambio, conversación para todos, consejos y caridad para cuantos a ella recurrían ; velaba enfermos, copiaba recetas, preparaba labores ; no pidiéndole dinero ni cosa que lo valga, para todo lo demás era un San Francisco de Asís. Pero su avaricia no reñaba con su hermano. Tal vez porque no llegó a ver ni la sombra de un hijo, le quería maternalmente.

Cuando íbamos a su casa con mi madre o con mi abuela, por las tardes o por las noches, encontrábamos invariablemente a la paralítica sentada en su poltrona y renegando, gruñendo, lamentándose o gimoteando, hasta que cualquier forastero la echaba una flor. Entonces levantaba la cabeza, de continuo hundida entre los hombros, y sonreía. Su hermana, yendo y viniendo, en la cocina, en el «estudio», en el jardín, en todas partes, a cada punto pasaba mil veces por su lado, atendiéndola con santa paciencia. El *tío Quim* estaba siempre arriba, encerrado en su dormitorio.

—¿Y *Quim*?

—Estará escribiendo. Ahora le llamaré.

Asomándose al hueco de la escalera, la notaria le llamaba.

Nunca se hizo esperar. Como si lo que tuviera entre manos jamás le interesara mucho, a la voz de su hermana respondían sus pasos. Tardaba sólo el tiempo indispensable para coger la pipa, si no la tenía entre los labios al oír su nombre.

Muy atento, muy cariñoso, hablaba oportunamente con la voz velada, como si contestase desde una nube, y una densa nube de humo envolvía su rostro.

Su figura, su aspecto, siempre me interesaron; pero no conservo ninguna memoria de su conversación, lo cual me hace suponer que nunca refería sus viajes y sus aventuras, porque todo lo que tiene algo de novelesco y sentimental interesa y conmueve a los niños.

Por lo que decían alguna vez mis abuelos, refiriéndose a él, supe que había estado en América, donde no hizo fortuna, y que desde su regreso vivía con su hermana, sin preocuparse de trabajar. Aquellas gentes antiguas, más tolerantes que nosotros, tal vez por vivir en un régimen de intolerancia, no se permitían con él indirectas punzantes ni palabras irónicas; le trataban con mucha consideración; pero en el fondo sentíase remover un vago desprecio hacia el hombre inútil, que no mostraba el menor deseo de aportar a su familia un salario, trabajando en cualquier forma.

Eso sí, tampoco era costoso. Vestía con ropa vieja, la misma siempre, que recordaba tal vez sus andanzas por la isla de Cuba; no tenía ningún vicio: ni café, ni copeo, ni barajas. La pipa sólo, aquella pipa que había tostado su bigote; aquella pipa que no se apagaba jamás. A medida que se consumía la llenaba, y la her-

mana maternal cuidaba mucho de que nunca faltara en el cajón de la mesa el paquete de tabaco.

Los domingos le veíamos arrodillado en la iglesia rezar entre dientes místicas oraciones. Y atraído por la curiosidad observé que su devocionario estaba manuscrito. Una mañana me lo dejó y estuve más de una hora hojeándolo. La factura de sus cubiertas de piel revelaba las manos primorosas, pero no expertas, de un aficionado. Aun tenía muchas páginas en blanco al final, y lo escrito era de letra redondilla, igual y preciosa. Cada oración iba encabezada con el nombre de un pariente muerto y una cruz ; sin duda las páginas en blanco esperaban oraciones y dedicatorias nuevas.

Una vez que se quedó en cama, enfermo sin saber por qué ni de qué, por caso único en su vida, subimos a su cuarto. Yo comencé a mirar por todos los rincones. Tenía dos trajes colgados en una percha de hierro, detrás de la puerta, y una cómoda donde guardaría seguramente su ropa interior. Me acerqué a la mesa, cuyo cajón se hallaba entreabierto ; con disimulo tiré de la llave y vi muchos papeles amontonados y manuscritos, revueltos con una infinidad incomprensible de pipas. El *tío Quim* tenía muchas pipas, muchas, pero no eran de substancias preciadas, no eran de formas diferentes ; las pipas del *tío Quim*, cortas, de hornillo ancho y rectas como las de los marineros, eran todas iguales. ¿Cuándo y por qué habría comprado el buen señor tantas pipas? Aquel detalle me preocupó. Los manuscritos me indicaban que, además de las oraciones nuevas del breviario, escribía otras cosas. ¿Qué podía escribir horas y horas en aquel

retiro solitario? Desde luego comprendí que no eran papeles de la notaría, porque los hubiera escrito en el «estudio», porque no le juzgarían inútil si ayudase a su cuñado, y porque las copias de documentos no estarían, como aquellos papeles, llenas de tachones. Consideré que su labor era en absoluto inútil cuando nadie se la tomaba en cuenta.

Pasaron los años, y un sobrino suyo, que se había enriquecido en la Bolsa, compró en el pueblo natal una hermosa masía para convertirla en finca de recreo. Magnánimo el nuevo Creso, nombró administrador de aquellas tierras al *tío Quim*. A todo el mundo le pareció un disparate la ocurrencia ; mientras el *tío Quim* no trabajaba, sentíase algo así como el desprecio a su abandono, y cuando uno le confió intereses, todos lo consideraron un desacierto. ¿Qué haría el *tío Quim* al frente de una casa de labranza, con tantos jornaleros del campo, con tantos albañiles que han de construír el ala nueva, con tantos peones que abren un canal, por donde los invitados y los dueños irán al mar en lanchas, una hermosa travesía de media hora, entre cañaverales y bosques de mirtos, entre jardines y filas de sauces?

Pues, con general sorpresa, el *tío Quim* atendió a todo, lo dirigió todo y salió airosamente de todo, ganando, con aumentos, los veinticinco duros mensuales que le habían ofrecido como una dádiva. Se levantaba y salía temprano, tomaba el sol y el aire como el más duro gañán, resistía la lluvia y el viento, nunca se apuraba, nunca se desconcertaba, nunca dejaba de sonreír beatíficamente, como en sus tiempos de inercia y de soledad.

Todos le interrogaban admirados :

—¿Cómo van esas obras?

—Bien, bien ; todo bien—respondía, entre chupada y chupada.

Porque de sus antiguos hábitos conservaba uno solo : fumar como una chimenea.

En el campo advertí que a veces, después de sacudir la pipa, guardábala en un bolsillo, y de otro bolsillo sacaba otra.

Me atreví a preguntarle :

—¿Por qué lleva tantas pipas en los bolsillos, *tío Quim?*

—Tú no eres fumador, hijo mío—contestó sonriente—. Los hombres que fuman, por lo general, tampoco son fumadores. Limpian las pipas como si fregasen una cazuela, meten cualquier tabaco en su hornillo y sorben para echar humo solamente. Ya lo ves : en el campo no puedo tener todas mis pipas ; traigo las indispensables para no aburrirme.

Y al ver mi cara de asombro y de ignorancia, prosiguió :

—Cada pipa tiene su gusto. Me hacen reír esos caballeros que se fuman un rostro de mujer o una cabeza de gato, que soplan el humo en el ámbar para ennegrecerlo. Estas pipas mías todas son iguales en apariencia, y, sin embargo, ¡qué diferentes gustos! ¡Qué sabores tan distintos! Como las trompetas de un órgano tienen cada cual su oficio y entre todas producen una música; lo mismo estas pipas: cada una tiene su perfume, su encanto ; suaves o fuertes o ásperas o picantes o dulces ; y en cada gusto hay varias gradaciones ; como una música, ¿sabes?, como una música. Siete notas nada más, ¿eh? ; pero

son tan variadas en extensión y sonoridad, que producen mil combinaciones armónicas.

Mi curiosidad le impulsó a la confidencia:

—Tengo muchas pipas en casa; pero si fuese rico, tendría muchas más. ¡Ah, si fuese rico! Sólo con tres docenas de pipas y la misma picadura siempre, no se pueden hacer milagros.

Entonces comprendí que no trajo dinero de Cuba, no por falta de inteligencia y de laboriosidad, sino porque se fumó seguramente cuanto ganaba.

De aquellos canales tan hermosamente poéticos, de aquel camino de agua verde abierto hasta el mar entre sombras apacibles, resultaron unas calenturas infecciosas padecidas por los dueños y los invitados; pero no hubo más que una víctima: el pobre *tío Quim*. Es posible que su misma robustez fuera su enemigo, y que por su temperamento se cebara más en él aquella imprevista peste. Lo cierto es que murió al finalizar el verano.

Su muerte no causó mucho duelo. Su hermana le lloraba; los demás decían: «¡Pobre *Quim!*» Alguien opinó: «Como no tenía costumbre de trabajar...» La idea hizo fortuna, y atribuyeron su desdichada muerte a su holganza. ¡Pobre *tío Quim!*

En muchos años no me preocupó su recuerdo. Cuando en la madurez de mi vida comencé a sentir el encanto de las reminiscencias familiares, entre todas aquellas borrosas figuras la imaginación me presentó la del *tío Quim*, la del fumador sempiterno, con extraño relieve.

De su familia vieja sólo quedaba su maternal hermana, viuda ya.

Fuí un verano al pueblo, y el ambiente y la

tierra, y las casas y las personas me avivaron más el deseo de saber algo de aquel hombre bondadoso y solitario.

Pregunté por sus pipas.

—¡Ah! ¿Te acuerdas aún de lo que le gustaba fumar? ¡Sus pipas! Apestaban. ¿Para qué servían aquellas pipas de madera? Las tiramos.

El corazón me dió un violento latido, como si me hubieran revelado una enorme profanación.

Recogiendo la rienda para que mi potro sentimental no se desbocara, insistí:

—¿Quién guarda el devocionario?

—Se lo llevó Arturo.

Precisamente Arturo, que ni rezaba, ni siquiera leía.

—Se lo llevó como una rareza, y se lo enseñó a un anticuario en Barcelona.

—¡Qué atrocidad! A un anticuario.

—Pues, mira, fijóse bastante, y después de hojearlo detenidamente, le ofreció por él cinco duros.

—¿Y Arturo lo vendió?

—No valía la pena. Lo trajo y lo guardaba, entre otros librejos, en una tabla del armario del comedor.

—¿Podrían enseñármelo?

—Hijo mío: los pequeños, que son de la piel del diablo, no sé lo que han hecho con él. Ya sabes que mi sobrino Arturo se llena de criaturas; tiene una mujer muy recomendable para poblar una isla desierta. Menos mal que yo podré dejarles, al morir, alguna cosa...

—¿Y los otros papeles—insinué ya desconcertado—, aquellos montones de papeles manuscritos?...

—Yo misma lo quemé todo en cuanto el pobre *Quim* acabó.

—¿Sin leerlos?

—Esas cosas... Los papeles de los que se van deben quemarse. Pero ¿cómo se te ocurren ahora tantas preguntas?

—Porque la memoria del *tío Quim*, del pobre solitario a quien sólo usted ha querido y a quien sin duda nadie comprendió, me interesa.

—Es verdad; yo le quería mucho; pero ¡el pobre!... Ya lo ves. No quiso estar en una tienda, como sus primos, que han muerto millonarios, y se fué a Cuba. Cuando volvió, nadie supo lo que hizo allí; nada nos dijo. Le preparé habitación en el segundo piso, y allí vivió y allí murió. ¡Treinta y cinco años! Comía poco, no gastaba en vestir, porque trajo buena ropa y mucho calzado; para fumar, cuidé siempre que no le faltase. Y era dichoso; pero, ya ves, hijo mío: nunca hizo nada, no ha dejado nada...

Aquella noche no pude apenas dormir, pensando:

«¿Y su manuscrito? ¿Qué sería su manuscrito? Los papeles de los muertos deben quemarse... ¿Por qué? ¿Por qué rematar así a los muertos? ¿Por qué ir enterrando con los muertos la vida entera? El *tío Quim* hacía revivir en su devocionario a los imbéciles que ningún fruto espiritual dejaban de su vida, consagrándoles una oración, encabezándola con su nombre. Nadie le comprendió, nadie supo aprovecharse de su estoicismo ni glorificarlo.»

Recordé lo que me dijo de sus pipas, y supuse hasta dónde podía llegar la observación sutil del caballero que hizo una sonata de humo y de sabor a tabaco. ¿Qué armonías de frases y de con-

ceptos encerraban sus manuscritos? Recordé también su laboriosidad, su inteligencia, su éxito en las obras de la masía. ¿Por qué no aprovecharon sus bellas condiciones?

No sólo se le pide al hombre que sea bueno y útil; exígesele que sea codicioso y audaz. De todos los que vivieron en torno suyo, era el mejor dotado, el más favorecido por la Naturaleza, y todos le vencieron. ¿Por qué?

No es un caso único; no es un caso que no pueda repetirse, que no se repita quizá con frecuencia. El aprecio y el desprecio de las gentes encubren y disfrazan las verdaderas intenciones de la vida. ¿Por qué?

No me corresponde, ni pretendo, ni sabría dilucidarlo. Me ha sugerido estas divagaciones la grata y cada vez más profunda memoria del pobre *tío Quim*.

HERMENEGILDO INCORREGIBLE

Tía Beatriz escribió a mi abuela :

«Querida Nieves : De sobra conoces mi difícil situación. Hermenegildo se había decidido a trabajar y me tenía muy contenta. Ni amigos, ni mujeres, ni locuras. En la Bolsa, en el despacho de su principal o escribiendo en casa muy afanoso. Pero mientras yo arreglaba su habitación, ayer, fuí curiosa... ¡ Qué desdicha ! Hermenegildo hace versos, ¡ versos ! ; ¡ como su padre ! Ya sabéis lo que me hizo sufrir el difunto Damián, y qué poco dinero ganó el infeliz en su trabajosa vida. Los versos de mi Hermenegildo, tan arrogante, gallardo y decidor, me parece que renuevan las amarguras pasadas. Cuando conocí a Damián, acababa de publicar su tomo de poesías *Pasajeras*, y el teatro le ofrecía un brillante porvenir... Luego se redujo todo a un sueldo miserable y mal pagado en la Prensa, y a las traducciones que le proporcionaba un editor judío. Me horroriza que acabe así el único hijo de mis entrañas. Verás lo que me propongo :

»No dejará de haber en ese pueblo alguna rica heredera que ansíe tropezar con un guapo mozo. Escribid a Hermenegildo invitándole para la Fiesta Mayor ; yo procuraré que vaya dispuesto a lo que le conviene. Confío en vosotros. Los

versos nunca dieron de comer. Nadie compra libros; aun tengo en el sótano la edición de *Pasajeras;* ya estarían vendidas al peso para envolver azafrán, si Hermenegildo no se opusiera diciéndome que son «la gloria de su padre». ¡La gloria! Dinero es lo que hace falta. Un abrazo a todos.»

Mi abuelita Nieves aquel mismo día escribió:

«Querido Hermenegildo: Tus primas, y las amigas de tus primas, tienen grandes proyectos para la próxima Fiesta Mayor; piensan divertirse mucho. Un hombre como tú, a las veintiocho años, debe ir pensando en tomar una resolución seria. Si vienes, conocerás dos o tres muchachas muy agradables y ricas. Anímate...»

Ya se había congregado en casa de mis abuelos toda la parentela juvenil, cuando se presentó Hermenegildo elegante y risueño. Apenas le conocíamos, pero su jovialidad y su desenvoltura hicieron florecer al punto la confianza. Mi abuelita le condujo al aposento que debía ocupar, y donde se lavoteó, se cepilló y se acicaló pulcramente. Al presentarse de nuevo entre nosotros, le recibimos con júbilo y algazara: «¡Viva Gildo!» Bruno sentóse al piano y tocó la Marsellesa; entonces el recién llegado, subiéndose a una silla, peroró:

—¡Ciudadanos! ¡Familia! Si hubiera podido yo sospechar este agasajo, traería quemadas las cejas y marchita la frente por las vigilias que me costara preparar una improvisación. Pero ¿qué voy a improvisar de pronto? ¿Sabéis a lo que vengo? Como Pizarro y Cortés... La riqueza del Nuevo Mundo les atraía, y fueron a conquistarlo...

—No lo tomes a broma tan pronto—dijo mi abuelita, interrumpiéndole.

—No bromeo con los «propósitos respetables» de usted y de mamá—repuso Hermenegildo saltando al suelo— ; es la satisfacción de verme tan bien acogido lo que me hace decir tonterías. Verme tan rodeado y tan agasajado yo, que vivo tristemente... Mi carácter es bullicioso, pero mi casa es triste, mi madre triste, los muebles, la comida, la vieja criada, el estrecho callejón, la luz, el aire, ¡todo es triste allí! La tristeza me oprime, pero no me vence, y al hallarme donde todo es alegría, rostros que sonríen, voces amables, manos afectuosas ; al sentir este calor familiar que me rodea, ¿cómo es posible que me ponga serio? Pero mi viaje responde a un propósito decidido y serio ; daré gusto a mi madre, venciendo las negruras del porvenir.

Una lágrima empañó sus ojos.

—¡Vaya!—dijo el abuelo Ramón—, siga la bulla ; no es cosa de tratar asuntos graves a la hora de comer ; nuestra digestión se resentiría, y ¿sabéis las atenciones que requiere la digestión de unos patos con aceitunas? ; porque, ¡sábelo ya, Hermenegildo! : tenemos patos con aceitunas, y si no cambiaste de gusto... De niño soñabas en comer pato con aceitunas, como se sueña en la gloria.

—¿Lo recuerda? Mi delicia mayor era que me invitasen ustedes a comer, pues habiendo pato con aceitunas nunca se olvidaron de mí.

Se abrazó al abuelito besándole con ternura en la frente.

—Y hoy, para recibirte, ya lo ves : ¡pato con aicetunas! Los viejos tenemos buena memoria.

Encaminámonos hacia el comedor, con alga-

zara: «¡Viva Gildo! ¡Mueran los patos..., y que los guisen con aceitunas!»

Aquella misma tarde fué presentado a las amigas de Consuelo, y los dicharachos y galanterías del poeta las hicieron felices.

Al quedarnos en familia, preguntóle Consuelo:

—¿Cuál te gusta más?

—¿Cuál tiene más dinero y menos hermanos?

—Teresa.

—Pues te aseguro que Teresa es para mí una mujer deliciosamente arrebatadora.

Volvieron a reunirse al día siguiente, víspera del primero de fiestas; Hermenegildo mostróse decidor y oportuno, brillante y gracioso a no poder más.

De pronto, con un suspiro que parecía salir de lo más recóndito de su alma, cortó el chancero Hermenegildo su alborozo, reflexionando gravemente:

—Grato es reir. La risa es un privilegio del hombre; las bestias no ríen, y los hombres que ríen demasiado son unos bestias. La vida es asunto grave, y sólo debemos reir a ratos perdidos. ¡Alegrémonos de vivir! Grave y todo, la vida es un goce; gocemos de la vida riendo y llorando. También la reflexión es privilegio del hombre, y el hombre que reflexiona difícilmente ríe. Por cuanto se contradicen sus privilegios, el hombre se halla en eterna contradicción. Aquí me tenéis inventando chuscadas y preocupado al mismo tiempo en reflexiones graves. Hoy reímos juntos, armónicamente; nuestra risa de hoy es un concierto de almas, todas acordes; pero acaso mañana...

—Mañana, Misa mayor y baile—dijo Bruno con sorna.

—La Misa mayor me agrada—prosiguió Hermenegildo, imperturbable—; los cirios, los curas con sus capas doradas, el órgano, las voces de los tiples, la orquesta... Y las niñas elegantes y devotas con sus devocionarios; las deliciosas niñas mirando por el rabillo del ojo a los mozalbetes, ¡a vosotros! ¡Felices vosotros que sentiréis tanta dicha! Yo soy viejo ya. ¡Veintiocho años! Pronto podré cantar con Espronceda:

«Malditos treinta años,
Funesta edad de tristes desengaños.»

Y cuando quiera casarme, deberé dirigirme a una mujer madura; las jóvenes me despreciarían.

—¿Cómo es posible?—arguyó Teresa fogosamente.

—¿Usted supone que aun puedo aspirar?...—dijo Hermenegildo con fingida modestia y clavando en ella los ojos.

Las mejillas de Teresa parecían dos amapolas, y su desvanecida mirada se fijó en el suelo.

—¡Ah! ¿No me contesta usted?—insistió Hermenegildo—. Eso prueba...

—Eso no prueba nada—pronunció Teresa, zozobrando—. ¿Qué puedo contestarle? Yo imagino que un hombre a su edad no es viejo, aunque lo diga Espronceda.

—¿Puedo lanzarme a bailar?

—¿Por qué no?

—¡Apunten!—dijo con ligera jovialidad, sacando una cartulina y un lápiz de su cartera—. Consuelito, el rigodón, ¿eh?

—Con mucho gusto.

—Gracias.—Y escribió. Luego inclinóse ga-

lantemente hacia Teresa, y endulzando mucho su briosa voz, la preguntó:—¿Y usted?

—Lo que quiera.

—¿Una polca?

—¡Sí!—afirmó con alegría triunfante.

—¿Un *schotis*?

—Bien.—Y sintióse invadida por un abatimiento extraño, como un goce desconocido.

—¿Un vals?

—No bailo vals—dijo con voz apagada.

—Entonces..., ¿qué?—interrogó Hermenegildo envolvente.

—Nada más—respondióle Teresa envalentonándose—. Dirían que le acaparo.

—No. Me llamarían codicioso...

Luego se alistaron los demás con risa y algazara.

Después de la misa mayor saludó Hermenegildo a Teresa, y luego, en toda la tarde, no se apartó de su lado. La noche anterior había escrito unos versos, pero los reservaba como «bomba final». Serían más persuasivos recitados al salir del baile y a la luz de la luna. Durante la cena familiar, las primitas le dieron broma.

—Esta noche la enloqueces; mañana, tío Ramón pide su mano para ti; el domingo próximo las primeras amonestaciones.

—¡Gracias a Dios, te portas como un hombre formal!—dijo abuelita Nieves.

Eran casi las once cuando entramos en el baile. Teresa estaba ya, con los ojos fijos en la puerta del amplio salón de lona revestido con damascos y galones de oro, donde lucían estatuas de cartón-piedra, guirnaldas floridas, múltiples candelabros y espejos. Hermenegildo se acercó, y ella se puso en pie mucho antes de lo

debido, impaciente ya. Bailaron. Ella sonreía, ilusionada; él iba desgranando en sus aídos inocentes palabras enloquecedoras.

Entró en el baile un grupo nuevo, en el cual destacaba una señorita esbelta y alta, delgada, pálida, con el pelo rubio y los ojos verdes, vestida con originalidad y despreocupación; era más bien fea que bonita, pero su nariz larga y fina, sus labios gruesos y palpitantes, el escote y los brazos descarnados, la daban un aspecto enfermizo y sensual; no llevaba guantes, para lucir sus primorosas manos divinas y bien cuidadas.

Iba Consuelo del brazo de su primo, cuando se acercó a saludarla muy efusivamente la forastera. Consuelo hizo las presentaciones de rúbrica:

—Mi primo Hermenegildo Espínola; esta señorita es hija del doctor Creus..

—Y me callo su nombre para que lo diga ella si quiere—añadió la aludida.

—Pero ese nombre, ¿no puede pronunciarse?

—¡Oh! Sí. Yo no me asusto de nada. Me llamo Trótula—. Y a un gesto de Hermenegildo, que dudaba si tomarlo como una burla, insistió:—Sí. Fué un capricho de mi padre, librepensador empedernido. Quería ponerme nombres de ciencia médica, y como no se lo permitió el cura, rebuscando en el santoral encontró una Trótula, que por la semejanza que tiene con «rótula», me fué destinado. Parece un castigo, ¿verdad?

—Una señorita como usted, llámese como se llame, será siempre deliciosa.

—¡Oh! ¡Qué galante!... Voy a saludar a otras amigas; ya nos veremos.

—¿Vendrá usted al baile mañana?—preguntó Hermenegildo.

—¿No piensa usted hablarme ya en toda la noche, que tanto anticipa los acontecimientos?

—Te lo pregunta—dijo la prima—porque hoy no puede bailar contigo, y sin duda lo desea.

—Yo también traigo mi lista completa, pero mañana...

—¿Qué me reserva usted para mañana?—preguntó Hermenegildo ansiosamente.

Y la forastera, envolviéndole con la claridad cegadora de sus ojos, dijo serena:

—No admitiré compromiso ninguno anticipado, y cuando usted llegue podrá elegir.

Alejóse, deslizándose sobre la alfombra como si revolotease a ras de tierra.

Continuó Hermenegildo bromeando con sus primas toda la noche, pero menos insinuante con Teresa. Procurando, cuantas veces le fué posible, cruzar su mirada con la de Trótula, díjole frases intencionadas cuando el rigodón les obligó a darse las manos, que se oprimían como viejos amigos. Al salir del baile no acompañó a Teresa, y se le iban los ojos tras el bullicioso grupo que salió escoltando a Trótula. De madrugada, ocupábase aún reformando los versos para darles diferente aplicación. Trótula era una mujer más a propósito para recitarle versos a la luz de la luna, cerca de la playa, oyendo los rumores lejanos del mar. Un paréntesis en sus proyectos matrimoniales; aventura como aquella no se oponen a propósitos decididos y serios.

Hermenegildo, hablando con Trótula en voz baja, le decía:

—Yo la llamaré siempre Tula, y que su papá

me perdone si me como la mitad del... hueso. ¿No quería ponerle nombre de un hueso?

—Yo le llamaré a usted Herme o Hermes, dándole nombre de un dios.

—Cuando baile con usted seré un dios, teniendo en mis manos la gloria.

Ella se despidió, y al cruzar la plaza, su exótica y pálida figura iba destacándose entre la multitud abigarrada y sanguínea.

«Evidentemente—reflexionó Hermenegildo—no hay en todo el pueblo ninguna mujer comparable a Tula.»

Mientras cenábamos, no pudo reprimir su impaciencia.

—Pronto la verás, hombre, ten calma—dijo sonriente mi abuelita—; pronto la verás.

—¿A quién, a Teresa o a Trótula?—preguntó Bruno con malicia

—¿Qué tiene que ver Trótula en este asunto?

—Como le gusta más que Teresa...

Llegamos al salón de baile al mismo tiempo que Trótula y su comparsa; ella se adelantó para entrar del brazo con Hermenegildo. Erguíase y le fascinaba con los ojos, como si en el fondo lejano de sus pupilas verdes encendiera dos lucecitas rojas.

—Tula, es usted un encanto—la decía el poeta mientras bailaban—. ¿Cómo soñar que se hallaría en esta humilde fiesta una mujer así? Usted ilusiona, enloquece, avasalla; conoce todos los recursos de la seducción, y los emplea contra un enamorado indefenso. Como la llama, es toda espíritu, incorpórea, sutil; como la llama, se retuerce y se desliza, y se reduce y se agiganta, impalpable, tenue, movible, graciosa; como la llama, es toda fuego...

Acompañándola después junto a su familia, Hermenegildo la preguntó:

—¿Qué bailes me reserva?

—No comprometí ninguno.

—Pero se acercarán sus amigos...

—Y les diré que no bailo.

—¿No bailará usted más?

—¡Con usted sí!

El poeta sintió como un rasguño el apasionamiento de aquellas palabras, y algo sorprendido respondió:

—Lo extrañarán todos...

—¿Qué me importa?—Su desprecio, su resolución eran implacables—. Le aguardaré toda la noche.

¿Qué hacer? ¿Desairarla? ¿Dar un espectáculo bailando sólo con ella? Reunióse a las primas, y cuando una tras otra fueron alejándose del brazo de sus parejas, quedó solo, meditabundo, con la esperanza de ver pasar a Tula enlazada por cualquiera de sus adoradores; pero ella también permaneció sentada, esquivando la conversación de cuantos la pretendían.

Inquieto, sin saber qué decidir, bailó con su prima Consuelo una mazurca, y el rigodón con Teresa; fué a pedírselo por cumplir solamente y en la seguridad completa de que lo tendría comprometido. Entonces vió a Tula incorporarse nerviosamente, arrastrando casi a un mozalbete que la miraba encantado. Al encontrarse, haciendo la cadena, Hermenegildo sintió el roce de aquellos labios rojos y ardientes, que le decían en voz muy queda: «¡Canalla, cobarde!»

Bailó por fin con Tula. Ella se apoyaba sobre su hombro, comunicándole todas las vibracio-

nes de su espíritu. Sentóse después a su lado y enloquecieron.

Al salir, un campesino se acercó a Tula; quedóse rezagada un instante mientras recibía el recado, y al reunirse de nuevo al grupo mostró un rostro cadavérico.

—Mi madre se muere—dijo—, nos vamos ahora mismo; han mandado la tartana.

La situación era difícil; aquel dolor inesperado interrumpía un idilio. Al despedirse Tula de su «Hermes», con un fuerte apretón de manos y una mirada en la que había más llanto que dulzura, ninguno de los dos acertó a decir palabra.

«Esto acabó—reflexionaba el poeta—. Fué un sueño, una embriaguez; Tula exaspera, y atrae, y domina, y se impone con irresistible fascinación. Teresa es hermosa, rica, buena, dócil; me quiere, y este demonio ha surgido para destruír mis ambiciones... Aun se puede remediar. Mañana...»

Y se durmió fatigado, pesaroso, febril.

A las bromas de los primos, respondía con evasivas corteses. «Lo hizo todo para intrigar a Teresa, interesándola: era un plan.»

Volvió a copiar los versos, quitándoles todas las enmiendas alusivas a Tula, y repitiendo catorce veces el nombre de Teresa. En el baile aquella noche...

Cuando acabamos de cenar, la doncella entrególe una carta que había traído un peatón. Leyóla y se retiró a su aposento. En lugar de vestir, como las otras noches, el *chaquet* azul reemplazando al gris que lucía por la tarde, se puso camisa de color y el terno de americana que llevaba para el camino, y pretextando una

urgencia, metió en la maleta la ropa que tenía esparcida por los muebles y se despidió. La tartana del ordinario fué a buscarle.

Y mientras los primos bailaban y Teresa no podía contener su desasosiego, Hermenegildo mecía en la carretera y a la luz de la luna sus ilusiones y sus esperanzas al compás del cascabeleo y del trote del caballo.

No tardó en saberse la verdad, y hasta se supo, no sé por qué milagrosa telepatía, el texto de la carta, y era éste: «Ven a consolarme. Mi madre ha muerto.»

Pasadas las fiestas, mi abuelo escribió a su hermana: «Ya sabrás por tu hijo sus fechorías. Nieves recogió los guantes claros que tiraba «el incorregible» al volver a casa, y te los envía. ¡Pobre muchacho! Todos le jalean, y las muchachas enloquecen por él, pero... paciencia.»

Hermenegildo acabó enriqueciéndose; la fortuna le favoreció en la Bolsa. Casado con la viuda, hermosa y joven, de su principal, se formalizó, y es feliz rodeado por sus cinco retoños.

A veces dice:

—Mi vida es un ejemplo pernicioso. Para escarmiento de ilusos, un poeta está obligado a morirse de hambre.

FIN

868.59 R934

a39001 008204748b

NO TIENE CINTA

ESCRIBE DIRECTAMENTE SOBRE EL PAPEL

VARIOS MODELOS

ENSEÑANZA DE MECANOGRAFIA

Yost

IGHT-RUNNING

La mejor máquina de escribir

Central de la YOST en España

Barquillo, 4 = MADRID = Teléfono 3.016